MEMORIAS DE DON FRANCISCO FRACCAROLI



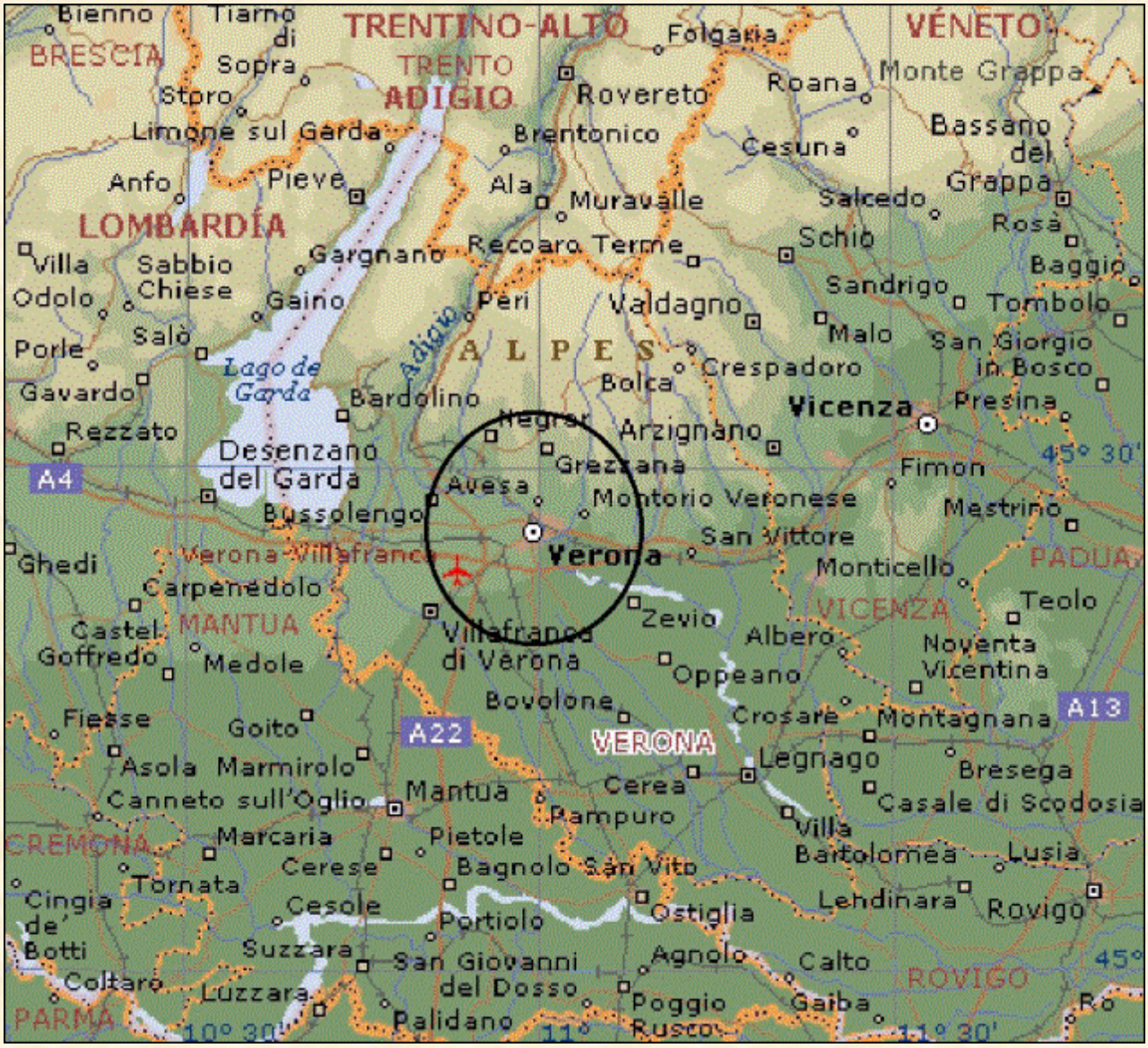
Era mi deseo escribir estas memorias en el dulce idioma italiano pero teniendo en cuenta que, las personas que las podrán leer algún día estarán más familiarizadas con el castellano, prescindiré del idioma gentil, suave, puro, y lo haré en español.

Voy a tratar de hacer un relato fiel de los principales acontecimientos de mi vida pasada, incluyendo también algunos detalles de secundaria importancia empezando, como es lógico y natural, por mis recuerdos de la infancia.

INDICE

1. LA INFANCIA EN ITALIA
2. EL VIAJE A AMÉRICA
3. LA LLEGADA A LA COLONIA
4. LA BODA
5. LA ESCUELA
6. LA SOCIEDAD “UNIÓN ENTRE AGRICULTORES”
7. LOS ÚLTIMOS AÑOS

LA INFANCIA EN ITALIA



Mapa de la zona cercana al pueblo de Prun

Un recuerdo de mis primeros días, es el nacimiento de mis hermanos mellizos: Palmina y Luis. Tengo todavía presente cuando al llevarme a la cama mi padre me dijo: ahora no podés acostarte con mamá, porque tiene dos nenes, y me mostró los mellizos. Tenía yo entonces tres años y cinco meses, habiendo nacido yo el nueve de diciembre de mil ochocientos ochenta y éstos el diez de mayo de mil ochocientos ochenta y cuatro.

En aquella época vivían mis abuelos y se formaba una sola familia conjuntamente con mi tío Luis, su mujer y sus hijos. Tengo presente cuando todos los chicos de la casa, y éramos seis, nos enfermamos de sarampión y a todos nos vino la tos convulsa: de esa enfermedad murieron dos de los hijos de mi tío: una niña que se llamaba Ernesta y tenía cinco años y un chico de once meses que se llamaba Juan, de manera que, de los hijos de mi tío sólo quedaba la mayor: una muchacha dos meses menor que yo y que se llamaba Dominga.

Mi padre se llamaba Pedro, mi madre Angela Laiti, mi abuelo Juan y mi abuela Rosa Marchesini, el tío Luis y su mujer Rosa Tommasi entonces vivían también mis abuelos maternos: el abuelo se llamaba José y la abuela Palma Verón.

Mi padre y el tío se dedicaban a los trabajos rurales pero, como eran del oficio, se habían dedicado a la explotación de canteras que se encontraban en la propiedad que pocos años antes, o sea al tiempo de mi nacimiento, habían adquirido, en esta había siempre, aparte del tío que era el que se había dedicado a ese trabajo, algún jornalero.

Después de haber dado fin a la explotación de una parte de las canteras y en el sitio de éstas, mediante una excavación ad hoc han construido un depósito para conservar el hielo, recuerdo vagamente cuando se hacía y tengo presente cuando le colocaron el techo, un techo de piedras, como lo son todos los techos de las casas de aquella zona rica en ese material.

Para la completa explotación de las canteras, era necesario tener un carro para su conducción a la ciudad y al efecto habían hecho hacer uno y lo ataban con bueyes y papá era el que se ocupaba de esas conducciones y de la colocación de las piedras y cuando venía la época de los mayores trabajos rurales siempre tomaban jornaleros, como ser en la época de la siega o de la recolección de forrajes.

He dicho que habían hecho un depósito para conservar hielo, diré también que después han hecho una laguna artificial, alimentada por el agua que corría por una especie de arroyuelo y que esto en el invierno se helaba rápidamente, tanto que en menos de una semana el hielo solía tener un espesor de diez a doce centímetros, espesor más que suficiente para sostener sin peligro varias personas.

La construcción de esa laguna ha requerido bastante trabajo, lo recuerdo, hubo que llevar tierra de otra parte, después de haberle dado la profundidad necesaria, ponerle de esa tierra una capa como de unos veinte centímetros y pisonearla bien en toda su extensión.

Para el almacenamiento del hielo se requería el trabajo contemporáneo de siete u ocho hombres, de modo que cuando todo estaba listo, han buscado varios operarios y cada corte de hielo duraba de tres a cuatro días y se hacían seis o siete cortes en el invierno, pasado éste había que cubrir con hojas de árboles y con musgo toda la superficie del hielo y llenar con la misma todos los huecos que se podían haber producido.

Como para la conducción del hielo no eran indicados los bueyes por su marcha lenta, ni tampoco era indicado el carro que utilizaban, habían resuelto hacer otro carro más liviano, vender los bueyes y comprar una mula, recuerdo que ésta había costado cuatrocientas liras.

Mientras se habían hecho todas estas cosas, yo había ido creciendo y hubo que enviarme a la Escuela, como mi padre era nacido y criado y tenía todas sus relaciones y amistades en el pueblito de "Cerna", optó por mandarme a esa Escuela y recuerdo que el primer día que fui hubo por la mañana el sepelio de un primo hermano de papá que se llamaba José Zuliani, era éste hijo de una hermana de mi abuelo paterno. Mi padre me recomendó al maestro, y a un alumno de la clase que se llamaba Luis Marchesini y que también era pariente.

En la clase yo no era el peor de los malos ni el mejor de los buenos y tenía relativamente facilidad de aprender, tanto que en poco tiempo tuve la satisfacción de superar a varios alumnos, habíame hecho compañero y amigo de un muchacho de mi edad más o menos y que se llamaba Alfonso Giacopuzzi (después supe que había muerto en la guerra europea).

Conservo siempre el recuerdo que el año 1887 (mil ochocientos ochenta y siete), en el pueblito de Prun se había desarrollado la terrible enfermedad del cólera, ¡cuánta alarma en esos días!, recuerdo que la tía Rosa, que dormía en el piso superior al nuestro, todas las mañanas al despertarse la llamaba a mamá diciéndole: Angela ¿Son todos sanos ustedes? Y el médico infaltablemente pasaba por allí todos los días a preguntar por la salud y a recomendar que por ninguna cosa fuéramos a ir a Prun, -éste, decía, es un sitio apartado, un sitio sano, si ustedes no van a buscar la peste aquí no vendrá. Dejen

abierto el depósito del hielo que vaya a buscar el que quiere y así evitan el contagio y así efectivamente no hemos tenido ninguna molestia por ese lado.

En ese año moría mi abuelo materno, ese abuelo lo recuerdo muy vagamente y el once de noviembre de ese mismo año nació una hija de mi tío que se llamó Ernesta en memoria de la que había fallecido.

No es posible dejar de hacer un párrafo especial sobre los recuerdos que conservo de mi abuelo paterno, era ese hombre la bondad personificada y cuando me llevaba con él a pastorear las vacas o a cualquier otra parte me encantaba su amena y florida conversación y con frecuencia solía regalarme un puñado de avellanas o cualquier otra golosina y me relataba episodios de su vida – especialmente de la época de su juventud - pero ya la salud de él iba mermando, sus piernas que antaño habían sido las de un infatigable caminante ya flaqueaban y en la época de los fríos debía a veces guardar cama, cada año aumentaba el decaimiento del pobre anciano y el veinticinco de abril del año mil ochocientos noventa despertóme mi madre al entrar llorosa en la pieza en que dormía y me dijo : Francisco, ¡ha muerto abuelito! .

El día 2 de febrero de 1.888, ha nacido mi hermana que se ha llamado Josefina en memoria del finado abuelo materno, esa muchacha se ha desarrollado normalmente durante el primer año pero al empezar el segundo ha padecido una grave enfermedad, tanto que todos creíamos que se iba a morir, recuerdo que había ido a la Misa con mi abuelo, al venirnos de la iglesia, éste le pidió al sacristán unas velas porque decía que al llegar a casa encontraría esa chica ya muerta y ese día a mí me mandaron a llevar la noticia a los abuelos maternos y a una tía hermana de mamá a Lugo, pero Josefina reaccionó y se ha restablecido pronto.

Mi hermana Palmina, como era melliza con Luis y éste parecía más delicado de salud fue dada a criar a una ama de leche y la trajeron a casa cuando había cumplido un año de edad.

Uno de los recuerdos que ha quedado grabado en mi memoria, si bien no podría decir en qué época fue y sólo sé que yo era muy chiquito fue un domingo de mañana que había ido a la fuente con papá y al poco tiempo venía mi abuela de la misa y dijo así: *"Piero sétu che i a copá el Luigioto"*. A semejante noticia por poco papá no se cae de espalda, no podía darse paz de semejante noticia.

Era el tal Luigioto - después lo supe - un usurero y lo habían matado de un tiro de escopeta, cayendo muerto en el límite o confín de las comunas de Breonio y Ebero. Al tiempo conocí dos hermanos y una hermana de ese señor.

La Escuela que yo he frecuentado, formaba parte de la casa habitación del maestro y era la antigua casa parroquial, la esposa del maestro que era a su vez maestra de las niñas tenía su aula separada de ese edificio, en una casita que fue y lo recuerdo, un despacho de artículos alimenticios.

El hombre que ha sido mi primer y único maestro se llamaba Enrique Girardi y cuando lo recuerdo y pienso en él, no puedo menos de pensar entre mí, que jamás podré encontrar sobre la tierra una persona que, después de mis padres, merezca de mi parte tantas bendiciones. ¡Con qué afán, con qué cariño y con qué abnegación nos explicaba las lecciones!. ¡Qué padre amoroso para todos sus discípulos! El que tenía su diploma con habilitación hasta el tercer grado y nada más, todos los años era el que tenía los alumnos mejor preparados de toda la comuna, lo digo con orgullo, ninguno de los muchachos de las otras escuelas de la comuna podía igualarse en saber a los muchachos de la nuestra.

Cuando años después he sabido de su muerte no he podido retener las lágrimas. Era ese hombre también maestro de música, de canto. De su matrimonio con la maestra habían nacido dos hijos: Italo, el mayor que murió al cumplir los nueve años y Héctor el segundo que más tarde fue médico y murió trágicamente a causa de un accidente automovilístico en compañía del Párroco de Cerna: Rvdo. Bautista Fasoli.



Vista del pueblo de Prun en la actualidad

Mi papá seguía el oficio de carretero: conducía piedras a la ciudad, el negocio del hielo dió muy poco resultado y se ha dejado, se explotaba algo de la cría de vacunos y de la leche y para esto, se llevaba ésta a una población vecina donde se elaboraba en una especie de asociación cooperativa y el comprador del producto era un señor Marcos.

Un año justo después de la muerte de mi abuelo paterno, han nacido mis hermanos mellizos Serafín y Tranquilo y precisamente el día veinticinco de abril de mil ochocientos noventa y uno, como Tranquilo representaba ser más delicado y el otro más robusto fue dado Serafín para criar a una nodriza pero antes que cumpliera el año hubo que retirarlo en casa porque habíase enfermado y en manos de la nodriza seguía empeorando, vuelto al seno de la familia y con las solícitas curas de mamá y después de varios meses empezó a desarrollarse en forma normal.

Mi tío Luis ya tenía otro hijo que se llamaba Juan, éste había nacido el diecisiete de enero de mil ochocientos noventa, tres meses antes de la muerte del abuelo y el diez de diciembre de mil ochocientos noventa y uno, nació otro hijo de mi tío Luis y se llamó José.

Mi prima Dominga no sé por qué causa fue enviada a la Escuela de Prun y lo mismo mis hermanas, no así Luis que venía conmigo a la misma escuela cuando tuvo la edad correspondiente, éste mostrábase desde su temprana edad más travieso y si bien tenía más facilidad para aprender no tenía mucha inclinación para el estudio.

Un episodio que quiero consignar: entre los muchachos habíamos hecho con cápsula, de fusil una especie de pistola que cargábamos con pólvora y encendiéndole atrás por un pequeño orificio que se le practicaba producía un estruendo semejante a un tiro de escopeta. Cierto día que ninguno de los compañeros tenía pólvora me ofrecí yo para llevarle y en efecto llevé de la que había en casa y que

se empleaba para hacer minas en las piedras, pero ese día que yo llevé la pólvora, ninguno tenía pistola y entre todos resolvimos quemarla sobre una piedra grande que había al borde del camino.

Volcamos la pólvora y probaron varios compañeros a encenderla pero como era gruesa no se encendía, por fin me tocó el turno a mí y en efecto la encendí, pero esa explosión se me vino toda a la cara chamuscándomela toda, tanto que casi no podía abrir los ojos. El señor Bartolo Grigoli, que desde una ventana de su casa nos estaba observando, enseguida corrió donde estábamos, me llevó a su casa y me aplicó unos paños empapados en aceite y luego me llevó de la mano hasta mi casa, pero no llegó a ella para no alarmar a los míos.

Mi estado provocó cierta alarma pero a la mañana siguiente que vino el médico declaró que no era nada, que el mal era superficial y que tampoco me iban a quedar cicatrices, como fue en efecto. No obstante lo leve del accidente tuve que faltar varios días a la escuela. Tengo también presente el recuerdo de mi primera comunión hecha en la iglesia parroquial de Prun, bajo cuya jurisdicción quedaba nuestro domicilio, éramos diez varones y otras tantas niñas y el Cura párroco había organizado al efecto una linda fiesta, los muchachos vestíamos el mejor traje de acuerdo cada uno a las posibilidades de su familia y las niñas todas indistintamente vestían de blanco. Recuerdo también mi confirmación, eso fue antes en la iglesia parroquial de Negrar, fue mi padrino el señor Pablo Fraccarolli, pariente de nuestra familia me ha suministrado el sagrado crisma el Cardenal Marqués Luis de Canossa, obispo de Verona.

Por allá por los años mil ochocientos noventa se ha producido una emigración a la América de varias familias, entre ellos varios compañeros de escuela, algunos fueron a Brasil pero la mayor parte se han dirigido a la Argentina donde residen actualmente.

Cumplidos los doce años de edad ya no podía frecuentar la clase y el señor cura párroco de Prun hizo varias visitas a mis padres para que me enviaran a estudiar al Seminario o cuando menos en el Instituto Sordo Mutti de Verona, a mí me encantaba la idea de seguir estudiando y mamá también hubiera accedido al pedido del cura, pero se opuso papá y yo quedé con la poca ilustración que supo inculcarme mi primer maestro.

La explotación de las canteras se hacía cada vez menos remunerativa y la familia requería, para su sustento, cada vez una suma mayor, debido a la ocupación de otra naturaleza los campos no recibían la atención debida y por consiguiente eran escasos sus productos y el sostener con decoro la familia se hacía un problema de siempre mayor difícil solución.



Entrada al pueblo de Prun en la actualidad

Al año siguiente de haber dejado la escuela me mandaron a Lugo de Grezzano con una tía hermana de mamá y que se llamaba Marina, cuyo marido Bartolo Dal Corso era un excelente agricultor, vivía con ellos su anciano padre y tenían dos hijos: un varón de nombre Domingo y una muchacha que respondía al nombre de Josefina. Ese tío me ha tomado a su servicio y me trataba lo mismo que a su propio hijo; llegué a esa casa en la época de la poda de las viñas y me enseñaba pacientemente cómo debe hacerse ese trabajo en cuya tarea he puesto toda mi buena voluntad y creo haber aprovechado las lecciones. Durante el resto del año me ocupaba con ellos en todas las tareas de los campos.

Durante mi permanencia en Lugo han hecho en esa iglesia parroquial importantes trabajos de restauración y de adorno y a su terminación ha venido a inaugurar y bendecir la renovada iglesia Monseñor Bartolomé Bacilieri, Obispo auxiliar de Verona que después fue Cardenal Obispo de la misma. Ayudé con mi tío y mi primo a los varios vecinos en la construcción de un arco de triunfo bajo el cual debía pasar el prelado.

Al aproximarse el invierno volví con mi familia, pero ha quedado muy grabado en mí el recuerdo de la familia de la tía Marina y aún hoy esos primos son los que más recuerdo de todos los que han quedado en Italia.

De parte paterna y a parte el tío Luis tenía una tía que se llamaba Elena, casada con Angel Marchesini y siempre que venía a visitamos me hacía leer alguna cosa, no cansándose después de elogiar mi habilidad en la lectura.

Por la parte materna tenía también tíos y tías: tío José, el mayor de ellos y tío Antonio que era también mi padrino, tía Dominga que era monja de las Clarisas de. Verona era ésta la mayor de toda la familia y seguíale tía Marina y después tía Lucía casada con Guardini Domingo, tenía un hijo varón y dos hijas mujeres, tío José tuvo varios hijos pero solamente han vivido tres hijas mujeres: Dominga, Palma y Lenilde, tío Antonio murió soltero asesinado a pedradas cuando tenía más de setenta años.

Al año siguiente de haber estado con mi tío a Lugo nos dedicamos con papá a cultivar mejor los campos y antes de terminar el año, como se licitaran los trabajos de conservación del camino, tomaron a su cargo una zona, pero la remuneración era siempre escasa. No podría decir hasta qué fecha se ha seguido ese trabajo.

Habiendo mermado el trabajo en la explotación de canteras, vendió papá la mula y tuvimos en su lugar una burra que nos servía para el desarrollo de los trabajos de la casa. En esa época llamóse a licitación la construcción de dos cementerios, uno en Cerna y otro en Giare, pero por circunstancias para mí desconocidas, no se han podido tomar esos trabajos y en el año mil ochocientos noventa y seis se han tomado el trabajo de construcción de una casa de campo de un señor José Marchesini en la localidad denominada Masua.

Yo iba con tío Luis a sacar las piedras necesarias para ésta y el me enseñaba un poco en esos trabajos y en el verano de ese año se ha hecho la casita. Tío ocupábase de los trabajos de puertas, ventanas y otras cosas más delicadas y para levantar las paredes habían buscado dos operarios de Marano, dejando para mí el poco grato oficio de peón de mano, esa tarea para mi corta edad era sumamente pesada, pero lo hice, venía algunas veces también papá y entonces para mí la carga no era tan pesada. Pero papá no podía venir mucho ni trabajar tanto. En los comienzos de esa primavera y mientras dábale su ración de forraje, una vaquillona que había en el establo al volver la cabeza le dio una guampada en un ojo que lo dejó casi completamente tuerto y aparte de eso le provocaba tremendos dolores. Fue varias veces a Verona para hacerse examinar la vista con oculista pero no hubo caso.

En los meses de Febrero y Marzo de ese año ha tenido lugar la guerra con Abisinia, siendo los italianos derrotados en toda la línea, yo tenía gran interés en saber eso y al efecto iba casi todas las noches a casa de unos vecinos para leer el diario.

A fines de setiembre o principios de octubre de ese año vino de la Argentina el señor Angel Tommasi y en sus conversaciones nos relataba la vida que se llevaba en ese país, la gente comentaba a su manera lo que ese señor decía pero no podía haber duda, era muy posible que en la Argentina se pudiera vivir y sostener la familia con más facilidad.

Papá comenzó a interesarse de las cosas de América y a acariciar la idea de venirse a ella y a este efecto lo invitó al señor Tommasi a venirse a nuestra casa para que toda la familia se enterara de sus relatos.

Por fin un buen día vino el señor Tommasi, yo que había ido al bosque a buscar un haz de leña fui llamado y todos nos rodeamos de él y este señor nos contaba cosas que parecían absurdas no obstante ser ciertísimas.

Esos relatos, refrendados también por las conversaciones del señor Luis Chesini, que también había venido ese año lo han decidido a papá a emigrar para la Argentina, previo consentimiento de mamá y mío, consentimiento que le otorgamos enseguida.

Antes de describir los preparativos y nuestro viaje a la Argentina, quiero dejar constancia de los conocimientos que he adquirido mediante los varios viajes que hice con papá a las ferias que se daban en los distintos pueblos de aquella región.

Mi primer viaje lo hice con papá y mamá en carro a la feria de Bussolengo, pasamos por Negrar y no sé qué otros pueblos, en esa fecha estaban haciendo la vía férrea de Verona a Caprino y recuerdo que había en partes montones de rieles, era primavera y la vista de esas campañas de la célebre Valpolicella me dejaron encantado y aún hoy se me presenta en la imaginación esas hermosas hileras de viñas que parecían dibujadas por un pintor, los campos sembrados de maíz ya nacido en hileras tan derechas y paralelas que eran una hermosura, llegamos a Pescantina y he visto por primera vez el Adige, el caudaloso río que pasa por Verona y que varias veces, les ha producido serias

inundaciones; contemplé el hermoso puente de hierro por donde pasamos, he visto las grandes ruedas que accionadas por la corriente del mismo río y provistas de taras especiales levantan un gran chorro de agua y ésta conducida por especiales cañerías va a regar las circundantes campañas.

He visto también, por primera vez, los muy nombrados molinos flotantes, accionados todos por la corriente del río.

Por fin llegamos a Bussolengo, eso fue para mí algo asombroso, me encontré con un emporio de todo, había allí animales de todas clases: vacunos, caballares, ovinos, pollos, de todo. Había tiendas ambulantes, ferreterías, artículos alimenticios, bazares, confiterías, despachos de bebidas y una enorme multitud de gente que llenaba la plaza y todas las calles adyacentes a la misma.

Papá y mamá compraron catorce pavos y no sé si alguna otra cosa, recuerdo a éstos, porque en el verano, nos mandaban a mí y a Dominga a llevarlos a pastorear por el campo.

Cuando a la tarde regresamos se nos acopló un hombre que subió con nosotros en el carro y venía comiendo sandía, me quiso convidar pero yo no acepté.

Después de ese viaje yo hice otros muchos y siempre con papá, he ido varias veces a Fumane y más aún a Grezzana, he vuelto a ir, pero entonces con animales para la venta. A Bussolengo fui varias veces, a Negrar donde todos los lunes había feria, pero si bien allí había de todo no se llevaba a ésa animales grandes y sólo había ovejas, cabras, chanchos, pollos y gallinas.

Las ferias de Bussolengo eran semanales, todos los jueves y se daba una especial creo que en octubre; las de Fumane sólo se daban dos en el año, una en primavera y otra en otoño, en Grezzano se daban dos por mes, una el primer miércoles y otra el tercer viernes. He visto también una feria en Sant' Anna, pero tenía poca importancia lo mismo que la de Lugo.

Recuerdo que en un viaje a Grezzana, cuando llegamos a la localidad llamada Crobio se nos reunieron unos cuantos hombres de Cerna, entre ellos un bersagliere, que fue el primero que he visto. Yo no podía apartar mi vista de su lindo traje oscuro, de su capa cortita y sobre todo de su sombrero adornado del clásico plumero y que flameaba con el viento, era el tal bersagliere un mozo que había trabajado en casa y por ende conocido, se llamaba Leopoldo creo que de apellido Giacopuzzi, pero esto no lo puedo asegurar.

En los sucesivos viajes a Bussolengo, ya no íbamos por Negrar, unas veces pasábamos por Marano, San Pietro, Pescantina, otras veces íbamos por Carreghe, Bertachina, Gnireghe, San Pietro, pero siempre era este el viaje más largo, el viaje a Grezzana se hacía invariablemente por Crobio, Fiamene, Coda, Cenago e Italavena, tanto en los viajes a Grezzano como en los de Bussolengo debía contemplar extasiado, en el primero el palacio Aravedi, con su adyacente jardín, y en el segundo el palacio del Conde Leopoldo Pullé con un jardín aún más maravilloso.

En compañía de papá, de mamá: de mi hermano Luis y mi prima Dominga fuimos una vez en peregrinación al santuario conocido con el nombre de Madonna de la Corona, situado en el Monte Baldo y precisamente en el medio de una enorme roca a pico a la cual se llegaba por medio de una escalera tallada en la misma roca.

Consistía el dicho santuario en una iglesia bastante chica en la cual se veneraba la Virgen Dolorosa, una estatua esculpida en madera que según la tradición había aparecido en este lugar cuatrocientos y tantos años antes proveniente de la isla de Malta y a la cual se le rendía un culto muy especial atribuyéndosele muchos milagros. En ese viaje se pasaba por Sant' Anna, Le Fosse, Peri, Rivalta y Brentín.

Pernoctamos en una casa colónica, con una familia de campesinos, situada precisamente

sobre la misma roca donde estaba el santuario y había allí los aparatos para bajar las provisiones para los que vivían en el santuario. Asomándose donde estaban esos aparatos se podía ver desde arriba la iglesia, la casita del cura encargado de su custodia y un pequeño edificio que servía café a los peregrinos, pero la enormidad de ese 'precipicio producía tal vértigo que no todos podían soportar su vista.

Ya que entramos en tema de religión quiero decir algo sobre las funciones religiosas que se hacían en aquellas parroquias.

Las que yo he visto de mayor importancia eran: las cuarenta horas que se hacían en Lugo, y luego las de Cerna, he visto las de Cenago también, después se hacían sus festividades en todas las parroquias, las he visto en Prun, Fane, Giare, Marano y en otros lugares y en todas partes hervía un sentimiento religioso y de mucho respeto.

El último día de clase de cada año podíamos contemplar en la iglesia de Cerna a los hombres que venían expresamente de Verona para adornar la preparación de las cuarenta horas. Éstas se hacían a mediados de Agosto y de manera que en los cuatro días que duraban se incluyeran dos fiestas, un domingo y el quince que era la fiesta de la asunción de la Virgen.

En esa época hacíanse también festividades en distintas capillas ubicadas más o menos en la campaña, como por ejemplo: Santa Cristina, San Juan, Santa Viola y otras muchas, tengo noticias que esos festivales se han suprimido por orden del Obispo Diocesano.

De la propiedad que habían adquirido papá y tío en lo que vivíamos siempre y se denominaba Faomba habían vendido una parte a un señor Pedro Marchesini, un poco pariente de papá y por un valor de dos mil setenta y cinco liras, sobre otra porción hubo un pleito con un señor Pablo Cipriani el cual fue fallado a favor de papá y tío y esa porción que materialmente nada valía, fue por éste comprada, pero no recuerdo en qué precio y el tal Cipriani luego de terminarse el pleito fue aún más amigo de papá, tanto que al poco tiempo fueron compadres.

Teniendo mi padre el consentimiento de mamá y el mío para venirse a la América ya tomó esa resolución, pero estaba tío Luis que no se había pronunciado ni decía nada y por fin lo puso al corriente de su decisión. Para venirse a la América era necesario vender todo tanto para hacerse de dinero para el viaje cuanto que dejando algo sin vender era un hecho que eso iba perdido, díjole papá a tío Luis: yo estoy dispuesto a vender todo e irme a América, si tú quieres venir también vendemos juntos y juntos nos vamos, en caso contrario yo venderé mi parte a quien pueda y me iré con mi familia, por de pronto el tío no resolvió nada y estaba también mi abuela que papá no quería dejar. Esta pasó unos días angustiosos antes de saber la resolución de tío pero cuando éste dijo que estaba dispuesto también a vender todo y venirse junto con nosotros fue para mi abuela un momento de alegría. Dejaba, es cierto, en Italia su hija Elena pero esperaba que probablemente ella también se vendría con su familia, cosa que no ha visto cumplirse ni se ha cumplido.

Se puso en venta todo: los terrenos, los animales, forrajes y la poca cosecha que había como también los carros y otros enseres de trabajo.

Al poco tiempo presentóse como comprador de los terrenos un señor José Zantedeschi y después de varias entrevistas se hizo el negocio por un valor de siete mil setecientas cincuenta liras, el forraje lo compró el señor Pozzani, fuerte comerciante de Prun y los animales fueron vendidos a varios compradores, las papas también se vendió, en fin se ha podido liquidar todo medianamente bien.

Mientras estos negocios se hacían, había otra cosa no menos importante que realizar, los pasajes y los pasaportes.

Como se habían unido a la resolución de papá, la familia de Angel Marchesini, Egidio

Marchesini, José Benedetti de Sant'Anna y unos cuantos pasajeros más que en total, creo, sumaban cincuenta, se han reunido varias veces en Cerna, un agente de transportes marítimos, señor Gerónimo Gramática y con éste se ha estipulado el precio del pasaje en ciento treinta y dos liras por cada pasajero, siendo computado un pasaje entero a toda persona mayor de doce años, medio pasaje de seis a doce y un cuarto a los menores de seis años.

Para el transporte de los objetos de familia, vestuarios y ropa de cama, hubo necesidad de hacer varios cajones y para hacerlo ha venido un hermano de mi abuela que se llamaba Felipe Marchesini y ha tenido trabajo para varios días.

De acuerdo con la salida del buque que debía transportamos a América el 21 de diciembre, debíamos salir de nuestro domicilio el día diecinueve por la mañana, estar ese día en Verona y allí dar la confirmación a unos cuantos chicos, había que tener certificado de vacunación y no sé qué otra cosa, pero todo pudo allanarse y quedó la salida resuelta.

Antes de partir mamá quería saludar a su hermana Dominga que, como ya dije, era monja Clarisa y al efecto se fue a visitarla y me llevó con ella a Verona. Era la primera vez que veía esa ciudad y si bien nada me, sorprendió de lo que allí he visto, pero quedé encantado de sus palacios, de sus monumentos, de sus plazas y mercados; conocí esa vez a la tía Dominga, una mujer muy amable y simpática. Nos ha llevado a ver la capilla especial del convento donde se conserva un Cristo muy venerado, la madre superiora nos hizo servir café y habló largo rato con mamá y cuando nos despedimos tía le regaló un hermoso libro de devociones.

Hicimos con mamá una gira por la ciudad y por último pasamos el puente de piedra y previa registración de los guardias entramos en Campañola en procura del tío Antonio que a la sazón debía encontrarse en casa de uno de los hortelanos pero no le hallamos y aproximándose la hora en que debíamos tomar el tren de regreso nos encaminamos hacia la estación de Porta San Giorgio, en esa estación nos acompañaron en el viaje en tren el señor Pablo Cipriani, una mujer de Giare que venía de Desenzano y era conocida de mamá y un comerciante de Fane del cual nunca supe el nombre pero sé que era conocido con el nombre de Cerega.

En la estación de Santa María de Negrar debíamos dejar el tren y tomamos un coche de plaza que nos llevó hasta la "Ostería Vechia", allí se separó el comerciante y seguimos los cuatro a pie, a Piazza, como vivía allí se ha quedado Cipriani y mamá, la mujer esa y yo seguimos hasta la casa, ésta se quedó a pasar la noche con nosotros y siguió su viaje a Giare al otro día.

Los cajones estaban listos el día de salida fijado, habíase visto también un coche que debía conducir a la abuela y las personas más delicadas hasta Verona, todos vivíamos en una tensión nerviosa fácil de imaginar, pero no de describir.

El comprador del inmueble manifestó su deseo de traer a la casa sus cosas y así se empezó a encajonar las cosas y así se dejaba lugar para el que venía y en realidad llegó con algunos días de anticipación y regaló a mi abuela un bastón que había pertenecido a un cura llamado Don Marcos como lo eran los muebles y el capital con que ha podido comprar la propiedad, también regaló a mamá y a tía Rosa un cuadro con la imagen de un santo a cada una.

El día antes de la partida me mandaron no sé con qué diligencia a Cerna, guardo grato recuerdo del afectuoso saludo que me dio la Toscanella, hija de un primo hermano de papá y pasada la iglesia me acompañó Bautista Zuliani, otro primo hermano de papá, que venía con el carro cargado de los efectos de una de las familias que se venía con nosotros a América.

Cuando tuvimos que separarnos el tal Zuliani me apretó la mano y me saludó de modo más cordial, pasé por la casa de mi amigo, me despedí de él y de su familia y llegué a casa.

Como todas nuestras cosas ya estaban en viaje, algunos aprovecharon las camas que había traído el nuevo propietario, pero Luis, mi hermano y yo nos fuimos a dormir a la casa de una familia amiga a Piazza.

Durante esa noche ha nevado un poco y los vecinos nos han prestado una pala para que Luis y yo hiciéramos un caminito desde esa localidad a la casa en que había quedado el resto de la familia, porque, como no podía llegar hasta ésa el coche hubiera sido muy molesto caminar ese trecho entre la nieve que tenía unos quince centímetros de espesor y así lo hicimos.

EL VIAJE A AMÉRICA



Detalle del viaje entre Verona y Génova

Por fin vino la partida y entre augurios, recomendaciones y lágrimas emprendimos el viaje.

A Prun nos acompañó mi primo José, hijo de la tía Elena que debía ser el padrino de confirmación del hijo de tío Luis, de José, de Juan yo fui el padrino y con él hice el viaje hasta Verona a pié.

Llegados a la ciudad nos hospedamos en el Borgo, allí se nos ha reunido toda la comitiva de los emigrantes y buena parte de parientes de los mismos y previa una pequeña refacción nos encaminamos al centro de la ciudad, nos dirigimos al Seminario donde se debían confirmar varios chicos, nos hicieron pasar a una espléndida sala totalmente rodeada de vidrieras en las cuales se podían ver infinidad de pájaros y varios otros animales disecados y tan bien conservados que parecían vivos.

Pocas veces he visto una cosa tan bonita y tan digna de ser admirada.

Por fin nos hicieron pasar a la iglesia y vino a impartir el sagrado crisma Monseñor Bartolomé Baciliere que seguía siendo Obispo Auxiliar de Verona.

El tren que debía conducirnos rumbo a Génova salía de la estación Porta Nuova a las dos, de manera que se podía dormir buena parte de la noche, pero como en el restaurant que nos habían hospedado no tenían suficiente comodidad, mi tío José nos ha conducido a mamá y a mí y no sé quien otro de la familia, yo dormí bien y a la hora indicada me despertaron y nos reunimos todos marchando en caravana, por la ciudad rumbo a la estación donde llegamos con algún anticipo a la hora indicada.

En ese intervalo se renovaron augurios y recomendaciones, hubo besos y lágrimas hasta que por fin llegó el tren proveniente de Venecia y en pocos minutos nos ubicamos en un vagón de tercera clase.

En el tren estábamos apretados como sardinas, afuera hacía un frío cortante pero adentro no se sentía eso y el tren rápido corría como un condenado.

Lástima que era de noche y sin luna, cosa que me ha privado de contemplar esos nuevos paisajes, en parte y con la luz del tren veíamos campos cubiertos de nieve. Entre Verona y Milán recuerdo las estaciones de Desenzano, Ospedaletta y Brescia; llegamos a Milán cuando era todavía oscuro y aprovechamos la espera del tren para Génova para tomar el café.

Cuando llegó el otro tren ya era de día claro, pero un día feo, a cada rato lloviznaba y hacía bastante frío. Poco recuerdo de las estaciones que íbamos pasando, pero una vez, llegado a Pavía tuvimos que cambiar tren.

En ese cambio nos ubicamos mi abuela, Angel Tommasi, Amadeo, mi prima Dominga y mi hermano Tranquilo y yo en un compartimiento sin ningún otro pasajero y cuando el tren llegaba a alguna estación nos amontonábamos todos en la puerta de manera que algún pasajero que deseaba subir al ver todos estos amontonados de esa manera creía que el compartimiento estaba lleno y se iba a otra parte y de ese modo hicimos el viaje hasta Génova solos y con mucho espacio a nuestra completa disposición.

Mi abuela viajaba contenta, y parlera, jamás se ha quejado por las molestias de un viaje tan largo y en un vagón de tercera.

Llegamos a Génova al anochecer y el tiempo era siempre malo, el *cierzo* que nos acompañó en todo el viaje era allí aún más molesto.

El señor Gramática nos esperaba en la estación y nos ha conducido a un albergue donde cenamos y dormimos, pero no fue de la satisfacción deseable tanto que al otro día buscaron otro.

Durante el corto recorrido desde la estación al albergue me pareció que Génova debía ser encantadora y cuando me levanté por la mañana y me vi, no sé en qué piso, pero recuerdo que era altísimo, comprendí que estaba bien aquello de Génova *“la superba".*

De Milán no he visto nada más que la estación, ni tampoco ninguno de los que venían con nosotros han visto más que yo, porque no hubo tiempo de hacerlo, si bien sé que algunos han tenido la

audacia de decir que habían visto la ciudad y su famosa catedral.

En la ciudad de Génova he visto por primera vez el tranvía eléctrico, hemos recorrido varias calles. He visto un monumento al rey Víctor Manuel, bastante parecido al que había visto en Verona, he visto un monumento a Cristóbal Colón, que me pareció chico para un navegante tan grande, he visto una hermosísima plaza, pero lo que más me admiraba era la imponencia de sus grandes palacios.

En esa ciudad he visto, y me ha llamado la atención el ingenio de una mujer que giraba por las calles con una orquesta a cuestas, ella cantaba y se acompañaba con un acordeón, llevaba a la espalda, sostenido por unas correas un bombo, la caja contra la espalda, arriba del bombo estaban los platillos levantado el superior por un resorte y con una piolita que atravesando el bombo terminaba en un taco de botín y sujeto al codo tenía una especie de maza que golpeaba el bombo a la vez que con un golpe del pie hacía sonar los platillos y llevaba en la cabeza un casco de bronce todo lleno de cencerros y cascabeles, imitando la pandereta.

Todos les compraban las canciones que ofrecía en venta después de haber ejecutado una pieza con su estrafalaria orquesta.

En Génova hemos visto el mar, ese mar que tanto daba que hablar a los que partían y también a los que quedaban. Por lo pronto el puerto, visto de lejos, se me antojó que era un bosque de pinos, pero visto de cerca era otra cosa.



Publicidad del servicio de vapores

Yo que jamás había visto un buque y allí había tantos, no sabía qué decir, ni qué opinar, decía entre mí: esto es nuevo y hay que estudiarlo, y así lo hice.

El día siguiente a nuestra llegada a Génova amaneció muy despejado, brillaba el sol y había un cielo como sólo lo hay en Italia, pero soplaba un viento del lado de las montañas y hacía mucho frío.

Los negocios de embarque, de pasaporte, de equipaje, etc. allí marchaban más de prisa, como que no había amigos ni parientes que despedir, ni recomendaciones que hacer o recibir, y así en poco tiempo todo estuvo listo y como a las tres de la tarde nos dirigimos al puerto a embarcarnos.

No sé qué formalidades había que llenar pero sé que nos hicieron pasar por varias oficinas y en una de ellas tío Luis dejó olvidado el paraguas.

Por fin pasamos al muelle y subimos al buque, en un pasadizo que debía pasar, un hombre con divisa que había allí me dió un cántaro con platos, cucharas, tenedores y no sé qué otra cosa, yo me quedé mirando no sabía porqué, y tan luego a mí, me entregaban eso, pero el hombre me hizo seguir adelante y nos hicieron pasar al camarote, debía yo ocupar la cama N° noventa y uno, yo llevaba de la mano a mi hermano Tranquilo, pero no sabía dónde dirigirme y una vez bajada la escalera me quedé esperando.

Mientras yo estaba indeciso se me aproximó un hombre grandote y vestido de una manera estrambótica; tenía saco y sombrero como nosotros pero en lugar de pantalones tenía una especie de bolsa grandísima y de color azul, ese hombre empezó a hablarme pero yo no le entendía ni una sola palabra, me hacía varios gestos con las manos pero ni le entendí ni he podido hacerle comprender absolutamente nada. Después supe que era turco.

Pocos momentos después supe para qué eran el cántaro y los platos, con éste debía ir a buscar el rancho para ocho personas y los platos que eran ocho, eran para comer.

Del grupo que formaba parte, también estaba tío Luis, mi prima Dominga, mi abuela, José Benedetti, su hija Rosa, su hijo Pedro y Valentino Zivelonghi; teníamos el carnet N° 40.

Nos dieron la cena bastante temprano, pero agradó poco la comida que por primera vez se comía a bordo.

Próximo a ponerse el sol, nos sorprendió la enorme pitada del buque, señal de su partida y luego de dos pitadas más empezó éste a moverse lentamente y todos los pasajeros quedaron mirando Génova que se alejaba cada vez más. ¡Nunca hubiera creído que no volvería nunca a ver esa encantadora ciudad!

El buque que nos conducía era de bandera francesa, llamábase "Chateau Yguem".

Cuando llegó la llora de acostarnos y fui a meterme a mi cuchitril, quedé un poco mortificado, había una especie de colchoneta de estopa o de algo peor y una frazada y formábamos nuestra almohada con los corchos del salvavidas. En realidad en el camarote no hacía casi frío, pero al llegar la madrugada la tal frazada era demasiado poco para quien como yo, estaba acostumbrado a dormir con colchones de pluma y bien tapadito.

Amaneció el primer día de viaje, yo no sabía dónde estábamos. Génova no se veía más, nos reunimos todos, empezamos a ordenar nuestra situación haciendo banco para sentarse de cualquier cosa.

De mañana nos daban el café, si éste era malo las galletas que debíamos comer eran peor y casi nadie las comía, las comidas no eran tan malas y en cada una nos daban dos litros de vino, un vino bastante bueno para ocho personas.

Pero al atardecer de ese día el buque empezó a hamacarse, yo lo tomaba a la chacota ese pequeño movimiento, pero tuve que convencerme que no era “chacota”, pues al poco rato yo y la mayor parte de los pasajeros sufrimos el mareo, contra el cual no he hallado remedio y solo un alivio observando la posición horizontal.

Tal vez mamá ha sido la que de toda la familia ha sufrido más de esos mareos, mi abuela a pesar de ser tan viejita no ha sufrido absolutamente nada, como mi tío Luis, mi prima Dominga y algunos otros.

Mi abuela en todo el viaje por mar conservaba su salud y su jovialidad como era su costumbre comía relativamente poco, tomaba de buena gana su vasito de vino, rezaba sus oraciones y seguía contenta, tenía entonces setenta y nueve años.

Después de un par de días de navegación, el buque hizo escala en Valencia, estuvo parado en la rada cerca de dos días cargando vinos, yo observaba la maniobra, para mí nueva de accionar los guinches a vapor.

El *aprodo* y no sé qué otra maniobra en ese puerto me ha desorientado del todo, al día siguiente de nuestro arribo me pareció que el sol salía por donde se había puesto en la víspera.

Por fin salimos rumbo a San Vicente, el buque seguía balanceándose ora más, ora menos, pero yo y muchos otros pasajeros seguíamos con nuestro mareo, aumentando el malestar, ese olor peculiar de los buques y al cual no estábamos acostumbrados.

Poco a poco nos íbamos acostumbrando a la vida de a bordo, el frío había desaparecido y la frazadita era más que suficiente. El café lo tomábamos pero las galletas se iban amontonando en una canasta pues no se quería arrojarlo al mar y así llegamos a San Vicente.

El buque había parado a la noche y por la mañana lo vimos rodeado por embarcaciones de toda clase y tamaño, tripuladas todas por negros, éstos traían para vender o canjear por otra cosa hermosas naranjas y limones; nosotros les dimos las galletas y éstos nos dieron en cambio una buena provisión de naranjas y limones que dada la temperatura y el mareo resultaron excelentes.

En ese puerto cargaron carbón y era un espectáculo desagradable el ver la pobreza y la miseria en que vivían esos pobres negros.

Había muchachos que al arrojarles algunas monedas al agua, se arrojaban tras ellas y la traían siempre en la boca, iban todos poco menos que desnudos y algunos del todo.

Allí cargaron también agua, un día entero estuvo un negro, dando vueltas a una rueda que accionaba una bomba llevando el agua a un estanque del buque.

Terminada la carga de carbón y de agua, zarpamos rumbo a la anhelada América, ya estábamos habituados a la vida de a bordo, pero el calor se hacía cada día más intenso. Habían puesto unos cortinados para proteger a los pasajeros de los rayos solares, pero con todo eso se sufrió mucho el calor; especialmente los que como nosotros traían ropas de invierno.

Durante ese trayecto, entre San Vicente y Montevideo murió un niño, hijo de una viuda, a la cual se le había muerto otro antes de salir de Génova, y a pesar que habían hecho bajar los pasajeros al camarote, un compañero de viaje: José Marchesini y yo habíamos quedado escondidos a popa y pudimos presenciar cuando echaron el pequeño ataúd al mar.

Bajados los pasajeros a sus camarotes, izaron a popa la bandera francesa, luego vinieron unos cuantos marineros en formación, uno traía dos tablas y otro el cuerpito envuelto en no sé qué tela o cosa parecida, colocaron las tablas en la borda y encima de ellas el ataúd, luego todos se descubrieron y levantando las tablas lo dejaron deslizarse despacio y cayó al agua desapareciendo, luego arrojaron también las tablas que quedaron flotando y las pudimos ver largo rato.

Tuvimos también una leve tormenta más o menos en la línea del Ecuador; pero de poca

importancia, con todo eso el vapor se balanceaba de proa a popa furiosamente, esto duró poco tiempo y el resto del viaje se hizo bastante bien.

Llamóme la atención cuando, en no sé que punto del viaje empezaron a rodear el buque, siguiendo su marcha una regular cantidad de tiburones, como me han llamado la atención los peces voladores.

Ya las miradas se dirigían por donde debía aparecer Montevideo, a todos nos parecía que el vapor marchaba con una lentitud espantosa, pero por fin llegamos a la capital uruguaya.

Pocas ciudades ofrecen, visto desde el mar, un panorama más lindo que Montevideo, allí bajaron unos cuantos pasajeros y del vapor durante dos días descargaron arroz y papel.

Grande fue mi sorpresa al ver, y sólo después de unos veinticinco días de la salida de mi pueblo, donde esa noche había nevado, vendedores ambulantes que venían al vapor a vendernos duraznos y sandías.



Ingreso al puerto de Buenos Aires

Pasados los dos días el buque dirigió su proa a Buenos Aires, ya teníamos noticias que en la Argentina hubo ese año una gran invasión de langostas. El señor Tommasi y también el señor Chesini nos explicaban la enormidad de daños que causan esos bichitos, pero estábamos a mil leguas distantes de hacernos una idea de su importancia, y antes de llegar a Buenos Aires, en las aguas del Plata se han visto las primeras langostas (saltonas), traídas por los ríos.

Me ha llamado la atención el fenómeno de las aguas del Plata que al juntarse con las del

mar, conservan su línea divisoria, se juntan y no se mezclan notándose a la distancia el color del agua dulce, distinto al color del agua salada.

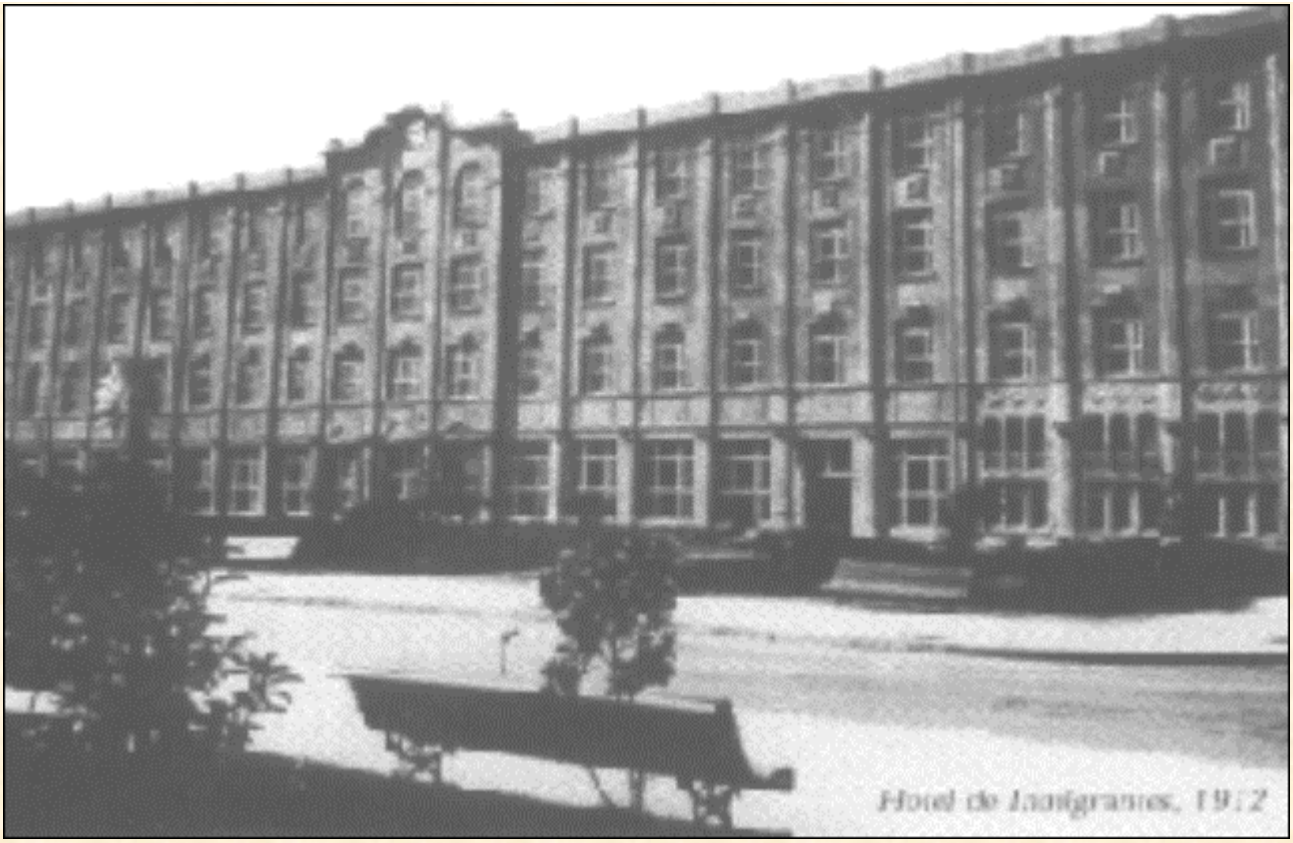


Vista del desembarcadero en el puerto de Buenos Aires

Se ha llegado a la vista de Buenos Aires, el vapor se para en espera de que suba la marca, que no se produce hasta la tarde y remolcado entra en el estuario.

Vista desde el Plata, en aquella época la ciudad de Buenos Aires no ofreció gran cosa, como visión panorámica y a nuestro arribo comenzaban a encenderse las primeras luces cuando desembarcamos en suelo argentino de día dieciocho de enero del año mil ochocientos noventa v siete, de manera que habiendo salido de Génova el veintiuno del mes anterior, duró nuestro viaje por mar veintiocho días.

Terminado el desembarque, nos indicaron un tranvía que tirado por una yunta de caballos venerables por su edad y flaquísimos debían llevarnos al llamado Hotel de Inmigrantes'.



Hotel de los Inmigrantes – Buenos Aires

Conducidos por ese medio, atravesamos no sé qué parte de la ciudad, sólo recuerdo que abundaban los reclames comerciales de los más variados tipos y la ciudad me parecía hecha únicamente para el comercio.

A nuestro arribo al Hotel de Inmigrantes, nos sirvieron una cena, había allí unas mesas larguísimas, nos dieron platos de lata y cucharas, bueno vale más bien no hablar de ellas, después nos sirvieron un trozo enorme de puchero de una dureza que podía servir de adoquín, el caldo era bueno y el pan excelente, de lo que dimos buena cuenta. Vino después el asunto de dormir, eso era lo bueno, las camas consistían en unas tarimas superpuestas de madera, sin colchones ni cobijas y las tablas distanciadas entre sí unos diez centímetros. Yo con Amadeo Tommasi y otro muchacho de mi edad nos recorrimos buena parte del edificio, pero por todo era igual y no hubo más que adaptarse a dormir sobre las tablas, entre las chinches y rodeado de mosquitos.

Al otro día fuimos con papá a retirar los equipajes, pasar por la Aduana para su revisación y dejarlo en un depósito. Ese día hacía un calor terrible y papá sufrió algo del ojo que aún era delicado.

Durante ese día recorrimos algo de la ciudad, pero yo la encontraba poco atractiva, si bien era grande y había mucho movimiento, sus casas bajitas, los vehículos anticuados, no encontraba en ella la elegancia que mi imaginación se había forjado.

Vimos la plaza Victoria (hoy Plaza de Mayo), recorrimos algo la calle Florida y vimos la plaza San Martín con el monumento al Libertador, que nunca me pareció gran cosa, llamábame también la atención que toda la moneda era papel, incluso los billetes de cinco, diez, veinte y cincuenta centavos.

Ese día salieron para Gualeguaychú las familias de Ángel Marchesini (el Seco) y la de Egidio Marchesini (Marin) y los señores Luis Chesini, Ángel Chesini, Santos Lega y el Viejo Sartori y sus hijos José y Bautista.

Al despedirse de nosotros nos hemos prometido que a más tardar el próximo domingo nos

veríamos, pero han pasado años antes de volvernos a ver con algunos de ellos.

Un día después nosotros también salíamos dirigiéndonos a Gualeguay, último punto de nuestro viaje de inmigrantes, cargaron nuestros equipajes en unos carros y nos condujeron a la estación, nosotros íbamos también en los carros y de allí en tren a Campana, en ese punto debíamos embarcarnos en un vaporcito: "El Indio" que nos llevaba a Puerto Ruiz, en ese vapor hicimos conocimiento del Señor Pedro Fiorotto que gentilmente cedió su cama a mi abuelo.

En ese vaporcito se estaba perfectamente y nos dieron una cena de nuestro agrado y si no hubiera sido por los mosquitos que se encarnizaban en tomar sangre italiana el viaje hubiera sido excelente.

El señor Fiorotto se mostró, como es, muy amable y conversador e hizo que nos pareciera menos larga la noche y menos molestos los mosquitos.

Se había salido a la tarde de Campana y llegamos a Puerto Ruiz por la mañana del veintidós. Allí he visto al primer hombre con bombachas, era un mulato casi tan negro como los que había visto en San Vicente, pero esas bombachas no podían resultarme simpáticas, allí he visto también el primer rancho hecho con barro y paja, no podía calcular para qué podía servir, pareciéndome que era muy poco para los animales, ni siquiera para los chanchos o las gallinas.



Puerto de Buenos Aires

Al poco rato tomamos el tren que debía conducirnos a Gualeguay y llegamos felizmente, hospedándonos en la "Fonda Genovesa" del Señor Máximo Vercelli.

Esa tarde salió de Gualeguay el Señor Ángel Tommasi en compañía de Fiorotto.

Pasamos los días veintidós y veintitrés en Gualeguay y pudimos recorrer en varias direcciones ese pueblo, que yo encontraba bastante grande pero nada bonito, sobre todo sus edificios bajos y sus calles de una semejanza entre sí para mí desagradables. La iglesia era el único edificio que se destacaba y aún hoy la fachada de ese templo es una de las más importantes.

El veintitrés, llegó el señor Pedro Benedetti, hermano de José que había venido con nosotros y en ese día los dos hermanos se fueron.

En la gira por el pueblo recuerdo haber conocido al comerciante señor José Caliani, que tenía un negocio de bazar y confitería y también vendía artículos de almacén, ese señor se ha entretenido un buen rato en hablar con papá.

Por la mañana del veinticuatro llegaron a Gualeguay los señores Luis Tommasi y Pablo Spiazzi, diciéndonos que del otro lado del río nos esperaban los carros, pues no era posible llegar al pueblo por la creciente que había.

Después de almorzar, buscaron dos carros y con éstos nos condujeron hasta el río y de allí en unas canoas salimos, rumbo a la otra orilla.

El encontrarme nuevamente con agua que atravesar después de haber cruzado el Atlántico, y otro viajecito de Campana a Puerto Ruiz me ha resultado sumamente desagradable, nada de lo que veía me satisfacía pero tenía la esperanza que a nuestro destino habría algo mejor.

En efecto al llegar a la margen derecha del río Gualeguay encontramos tres carros, en uno iba Juan Tommasi, otro era manejado y de propiedad de Antonio Marconi y el tercero era de Spiazzi, manejaba un hermano de Pablo llamado José, estaba también pero a caballo otro hermano de éstos, Luis.

Se cargaron los equipajes y nosotros repartidos un poco en cada carro, a mí me tocó viajar con Juan Tommasi y emprendimos el viaje al trotecito por esos campos que ellos llamaban camino.

Durante el trayecto se veían campos con vacas, ranchos y con bastante frecuencia se encontraban buenos fangales. Alejados de la costa el tal camino no era tan malo, casi no había pantanos y se pudo seguir bastante bien.

Se pasaba delante de la casa de un señor Breda que era casado con Teresa Spiazzi, ésta salió para saludarnos y sobre todo para saludarlo a Amadeo, que eran muy conocidos, se armó una algazara de todos los diablos y un rato después seguirnos viaje hasta la casa que nos habían preparado.

Desde antes de nuestra salida de Italia, estaba papá en correspondencia con el señor Pablo Tommasi y era a su casa que nos dirigíamos. Este o mejor dicho su hijo Guillermo que era el que regenteaba toda esta familia nos habían destinado provisoriamente, una casita que tenían en arriendo y que era propiedad del señor Pablo Ceballo; parte de la cual ocupaba otro hijo del señor Tommasi, Fortunato.

Aparte de Amadeo, venía con nosotros un tal Domingo Sartori con su hijo Ángel y Valentín Zivelonghi, éste último como era hermano de la señora de Ignacio Tommasi siguió adelante, Amadeo se fue con Juan que era su primo y los otros provisoriamente se hospedaron en otra casa al lado de la que ocupamos nosotros y en la cual estaba la familia de Cusinatto.

LA LLEGADA A LA COLONIA

En la casa que nos habían destinado había poca comodidad, pero de algún modo arreglamos las cosas y pasamos así un poco de tiempo. Mi abuela habíase ido hasta "'La Lata", lugar en que vivían Pablo Tommasi y su hijo Guillermo, la señora de Pablo era parienta de nuestra familia y madrina de mi papá y quiso le llevaran a mi abuela para conversar con ella a sus anchas.

Cuando al otro día de nuestro arribo fui a ver la familia de Ángel Tommasi, quedé sorprendido al ver en qué clase de habitación estaban alojados, y a esos tugurios tenían mis paisanos el coraje de llamarles casas, pero poco a poco me fui acostumbrando, como también me acostumbré a llamarle puerta a esas aberturas que se hacen en los alambrados para pasar con animales, carros, etc. y que cuando llueve se vuelven un verdadero pantano.

La vista de la tan decantada América no era linda, ¡qué esperanza!, pero podría ser productiva, cosa ésta que era lo esencial, aunque ese año había sido desastroso por la enorme invasión de langostas.

Al poco tiempo de llegados, el señor Guillermo Tommasi, hizo hacer una pieza; contigua al almacén que tenía y junto con esa un galpón, como tío era albañil nos dieron ese trabajo, yo ayudé también en eso y he visto por primera vez levantar las paredes asenando los ladrmos con barro. Como tenía el señor Tommasi una *tafona* accionada por un motor a vapor, me dieron también el trabajo de foguista y me enseñaron cómo se manejaba, cosa que aprendí enseguida, quien me dirigía en eso era José Tommasi, hermano de Guillermo.

Mientras esto, el señor Guillermo nos proporcionó un terreno para colonizarlo y un día domingo Fortunato nos llevó a verlo, en otro terreno de la misma sucesión y del mismo grande estaban poblando y en parte ya habían poblado los señores Ángel Ronconi, Cristian Ronconi y Luis Ledri, en el campo que nos habían destinado había que hacerle una población y el pozo, al efecto de lo de Tommasi se llevaron ladrillos; los llevó un señor Francisco De Zan, y yo le ayudaba a cargarlo y descargarlo, el pozo ha venido a hacerlo el señor Juan Tomé.

Mientras tanto iba conociendo los nuevos lugares y las distintas familias, aparte de los Tommasi y Cusinatto, conocí la familia de Bautista Spiazzi, de Pedro Marconi, de Agustín Fiorotto y más tarde las de Adamo Spiazzi, José Spiazzi y Ángel Cipriani.

Ayudé a papá y tío a hacer la casa que debía ser nuestra vivienda, menos en los techos que para esto el señor Tommasi mandó dos peones porque como era de paja, nosotros no éramos acostumbrados a hacer eso.

Consistía la dicha población en dos piezas y la cocina y una vez terminada el señor Tommasi nos dio unas yuntas de bueyes, nos vendió dos arados del dos y medio y nos mandó un peón durante un mes para que nos enseñara cómo se ataban y cómo se trabajaba.

En esa época se ausentaba para Italia un tal Marino y papá le compró algunas cosas que hacían falta y otras cosas también a un señor Juan De Zan, después le compró a Pedro Marconi una vaca y por medio del señor Tommasi un caballo, no recuerdo a quién.

Ese año no se ha podido trabajar todo el terreno y en previsión de eso el señor Tommasi nos dio para sembrar una parte del campo de Cevallos que tenía arrendado y precisamente donde nos habíamos albergado a nuestra llegada.

En lo de Cevallos se ha sembrado como cuarenta cuadras, algo así como sesenta y cinco hectáreas de trigo y en el campo nuevo unas veinte cuadras de lino y seis de trigo anchuelo y más tarde un poco de maíz.

En la primavera vinieron las langostas y nos destruyeron casi por completo el lino y cuando

vino la cosecha tuvimos, en lo de Cevallos unos ciento sesenta quintales de trigo y en el campo nuevo diez quintales de lino, habíamos sembrado veinte de trigo anchuelo, se sacaron no sé bien si cinco o seis bolsas, el caso que liquidado lo poco de trigo que se pudo vender, con el gasto de semillas y manutención para la familia quedamos con una deuda de mil setecientos pesos. Se había comprado otro caballo y otra vaca y al señor Francisco De Zan les compramos dos yeguas. Por intermedio del señor Pedro Fiorotto compraron al señor Martín Balderrein de Gualeguay un carro.

Como ese año había poca cosecha y no teníamos máquina, he trabajado unos días en lo de Tommasi, me hacían sacar agua del pozo para los animales de trabajo y eran muchos y con el calor que hacía y el agua fresquita tomaban más que regular.

Dejando no sé por qué causa ese trabajo, me han venido a buscar de los de Cusinatto para que fuera con ellos a trabajar y fui, yo debía ir con el carro de la familia, José el hijo mayor era emparvador, y el padre hacía de ayudante, con otro carro de afuera iba un tal Baldomero Almada y nos cargaba Valentino Zivelonghi, seguí con ellos hasta la terminación del trabajo, me pagaron uno cincuenta por día.

Una de las cosas que estaba ansioso por ver, eran las máquinas segadoras atadoras y la primera que ví era de los señores Bozzani, manejada por uno de ellos. Justo, las máquinas trilladoras me llamaban menos la atención porque las había visto en Italia, solamente que aquí trabajaban de una manera distinta y eran de mayor tamaño de las que yo había visto.

En seguida de llegar conocimos y no tardamos a acostumbramos al mate, pero aún no conocía el mate cocido, cuando en un viaje que hice a lo de Bautista Spiazzi lo habían hecho y con leche y me convidaron, yo no dije nada a nadie, pero he llevado la convicción de que me habían servido una infusión de hojas de sen con leche, y azúcar, en esa familia tomé también por primera vez el té.

Me había hecho amigo de Juan Tommasi, de Marcelo, como lo era de Amadeo, de Antonio Marconi y algunos otros y con ellos solíamos ir de paseo en casa de algunos vecinos.

No es posible dejar de decir, que al poco tiempo de haber llegado de Italia y cuando aún estábamos en la casa de Fortunato, se ha muerto el menor de los hijos de mi tío, creo que de once meses y que se llamaba Emilio.

La casa y el terreno que ocupaba el señor Francisco De Zan, que he nombrado más arriba fue vendido, éste se mudó a otra parte y los compradores otra familia De Zan han venido a poblarlo, esta familia estaba compuesta por el padre Pablo y dos hijos: el mayor José, casado y el segundo o mejor dicho el menor Francisco soltero, éste último se hizo de novio y después se casó con mi prima Dominga.

Antes de eso yo había conocido la familia Marconi, como ya he dicho, en la que había el amigo Antonio y varias muchachas, Antonina se casó pronto, quedaban Lucía, Rosa, Erminia, Amábile y otras más chicas, Mariana, Dominga, Santa y María, Erminia debía ser más tarde mi esposa.

No tengo en mi vida de soltero ningún romance, ni aventura novelesca que describir, no obstante eso quiero consignar cómo he conocido y la impresión que me ha causado la que debió ser mi compañera.

Estábamos en lo de Ceballos, han venido las muchachas de Marconi y estaban las de Cusinatto, habíanse reunido unos mozos también, entre ellas, estaba Erminda, la vista de esa muchacha me recordó a no sé qué persona, el caso es que me parecía que era diferente a las demás y que esa muchacha debía tener mucha influencia sobre mi vida futura, desde ese día no la he olvidado jamás.

Por una inflamación a la garganta, no he podido asistir al casamiento de mi prima Dominga y lo sentí mucho porque sabía que debía ir Erminia.

Había que prepararse para la segunda siembra, ya compraron dos arados "Collins", arábamos Luis, mi hermano y yo y a veces papá o el tío Luis, ese año se pudo sembrar casi todo el campo y la sementera tenía buena perspectiva y en la primavera nos hicimos un paseo a Sarandí.

Allí los visitamos a José Marchesini (Patrufe), al hermano de éste, Francisco, a Pedro Lonardi, a Marin y a otros varios, nos acompañó en el paseo Juan Tommasi. De nuestra familia iba mamá, papá, tía Rosa y yo, hicimos el viaje en carro.

Todas esas gentes, nos han hecho la mejor acogida que imaginar se pueda y hubo de qué hablar por varios días y, siempre recordando el pueblo que habíamos dejado en Italia.

En ese viaje fuimos también a Gualeguay, nos acompañaron Francisco Marchesini (hijo) y José Melchiori, en la misma primavera algunos de ellos nos han restituido la visita. En esa época, habían dado principio a la construcción de una capilla en Talitas, era constructor Enrique Castiglioni y Presidente de la respectiva comisión el señor Antonio Taffarel. Cuando la capilla estuvo terminada y vino un cura a decir en ella la primera misa no había en los circunstantes, quién pudiera ayudarlo y me llamaron a mí, desde entonces hasta que me ausenté de esos lugares era siempre yo que ayudaba misa.

Al aproximarse la cosecha, han pensado comprar una máquina segadora-atadora, como no se podía pagar totalmente al contado, hubo necesidad de una garantía y al efecto se ofreció el señor Antonio Taffarel, de cuyo gesto se ha resentido un poco el señor Guillermo Tommasi.

Cuando fuimos con papá para hacer el negocio de la compra de la máquina, pasamos por la casa de Ángel Cipriani que también quería comprar una y nos acompañó Abbondio Spiazzi. El señor Cipriani compró una máquina "Golondrina" y nosotros una "Mc Kormik", vendedor de ésta era el señor Luis Demarchi.

La conducción de la máquina la hicieron dos hijos del señor Taffarel, Juan y Antonio y la armada otro hijo del mismo señor, Sebastián.

Al tiempo de empezar a trabajar, ha venido a darme algunas indicaciones el marido de mi prima Dominga. Ese año le cortamos también la cosecha al señor Luis Ledri, yo era el conductor y mi hermano Luis cuarteaba a los bueyes con un caballo.

Ese año se han cosechado ochocientos y tantos quintales y si bien el precio no era tan elevado se ha podido reducir notablemente la deuda.

Habíamos hecho un galponcito contiguo a la casa en el que pudimos depositar los cereales para la sucesiva siembra y los destinados a la manutención de la familia, al señor Guillermo Tommasi se le daba el veinte por ciento de lo cosechado.

Ese año habíase enfermado y muy gravemente la señora de Cristán Ronconi y trajimos a casa para cuidarla la más chica de sus hijas que se llamaba Rosa.

En un puesto de la estancia de Berizo, en esos años fue cometido un crimen horripilante: tres niños, dos varones y una mujercita fueron bárbaramente asesinados a hachazos, se dice, por el propio padre.

He visto esos infelices cadáveres y aún hoy me horrorizo al recordar el estado en que los ha dejado su infame asesino.

La noticia de semejante delito ha puesto en movimiento a todos los vecinos y también a la Policía. Se decía que era un hombre de tipo extranjero, que calzaba zuecos y no sé qué detalle más,

pero poco después por declaraciones de otro hermano de los muertos, se supo que había sido su propio padre, llamábase ese sujeto Eusebio Gutiérrez.

Don Guillermo recibió los diarios y la noticia de más revuelo fue que un joven ingeniero italiano, había inventado un aparato por medio del cual podíase transmitir y recibir telegramas, aún por los vapores en navegación. Esa noticia fue comentada de todos modos, la gente no podía convencerse de que la ciencia humana llegara a tanto, pero los hechos han demostrado lo contrario y que eso no era más que el principio del más maravilloso de los inventos humanos.

La vida de América ya la soportamos bien y la nostalgia iba perdiendo su poder, extrañábamos siempre el sonido de las campanas, que nos era tan familiar y los trabajos en realidad no eran tan pesados, con la perspectiva de que un año o dos de buena cosecha podían producir lo que no se hubiese producido quién sabe en cuántos años en Italia.

Nos preparamos para la tercera siembra, en ese año ha llegado la noticia del asesinato del Rey de Italia Umberto Primero.

En los meses de febrero o marzo de ese año ayudé a los señores Taffarel a mudarse, hice unos cuantos viajes con carro junto con Cesano y uno con David llevando a cincha de caballos una máquina cortadora-atadora.

Habíame hecho amigo también de Constantino Esterzi, que había venido a poblar cerca del señor Ángel Ronconi, y vivió con los padres de éstos don Esteban Ronconi y su mujer Liberata Benedetti.

En Talitas, teníamos un vecino por el lado este del campo que se llamaba Clotilde Lescano y fue, para nosotros un vecino muy bueno, en cierta ocasión nos prestó una valiosa ayuda: un año en que nuestros animales estaban en mal estado por haber sufrido de la fiebre aftosa nos prestó desinteresadamente su caballada para terminar el trabajo, más tarde les compramos algunos de esos caballos.

Hicimos con Luis, mi hermano, algunas changas de arada, le aramos unos terrenos a Ramón Bustos, a Miguel Tapia y a Clotilde Lescano. Hice changuitas siempre que pude, trabajé con carro en lo de Londra, de a pié en lo de Marconi y así iba pasando y pude comprarme algunas prendas de vestir.

Lucía Merconi se casó con Francisco Chesini y Luisa Cusinatto con Constantino Esterzi.

El quinto año de nuestra estadía en América, liquidada la cosecha nos ha quedado un saldo de dos mil pesos, ese año y por idea de Guillermo Tommasi entre unos cuantos vecinos se ha resuelto comprar una porción de tierra al señor Gregorio Morán.

El año mil ochocientos noventa y nueve, creo que en el mes de febrero se fue a Italia Amadeo Tommasi, como que le tocaba en ese año presentarse para su servicio militar y tenía allá toda su familia, a su partida los acompañamos: Antonio Marconi, Juan Tommasi y yo. Llegados al almacén de Pedro Denardi nos compró, como recuerdo, a cada uno un paquelo, obsequio que si bien era de poco precio, agradecimos muchísimo.

En uno de los paseos fuí con varios amigos al departamento de Gualeguay, había carrera de caballos y después de eso nos fuimos a ese pueblo para visitar su hermoso cementerio en el día de los fieles difuntos.

Pocas veces he sufrido una decepción como ésa, el cementerio era todo lo hermoso que se quiera, pero la falta de respeto que allí reinaba era para mí inconcebible. Allí se tomaba cerveza y otras bebidas, había vendedores de naranjas y de todas clases de golosinas, se flirteaba, en fin se hacía de

todo menos meditar el misterio sagrado de la muerte y dirigir alguna plegaria para el descanso eterno de los numerosos pobladores de la linda necrópolis.

Se me había también ponderado la banda que ese día debía hallarse allí, en efecto estaba, ejecutó algunas piezas, pero qué poca cosa era esa banda comparada con la que yo había conocido en Italia.

He presenciado también en distintas ocasiones, las mentadas carreras de caballos, otra de las cosas que jamás me ha gustado, las reuniones que para éstas se hacían eran estimuladas por el juego y se prestaban muchas veces para serias contiendas que podían terminar con serias peleas o también con homicidios.

Comprobé también cuán grande era la diferencia del servicio de policía de este país, comparado con el que teníamos en Italia. los Comisarios de acá eran por lo regular autoritarios y altaneros, a la vez que carecían de ilustración y hasta de educación, mientras nuestros carabineros eran siempre amables, corteses y bien educados, aparte de su hermoso uniforme que los hacían doblemente respetables.

En mil novecientos dos, como he dicho, se trató entre unos cuantos de comprar un campo al señor Morán, en realidad se hizo ese negocio. Los primitivos compradores eran: Guillermo Tommasi, Luis Tommasi, Pablo Spiazzi, Luis Spiazzi, Luis Ledri, Cirilo Ronconi, Cristán Ronconi, Ángel Ronconi, Constantino Esterzi, papá y tío Luis. El campo en total era de novecientas cuadras y, se ha repartido en distintas cantidades, de acuerdo al poder y a la posición de cada comprador, papá compró ochenta cuadras y tío Luis sesenta. Casi en seguida Guillermo Tommasi vendió su porción a Andrés Marogna.

En el campo había un poco de monte, que lo repartimos de acuerdo a la extensión de campo comprado para cada uno.

Ese año se casaron Antonio Marconi con Catalina Borro, la hermana de este, Rosa, con Faustino Baldo, Juan Tommasi con Pascuala Chesini y Luis Spiazzi con Elisa Cusinatto.

Después de haber hecho la siembra de trigo y lino fuimos al nuevo campo para preparar un poco de tierra y hacer las nuevas poblaciones, fuimos mi hermano Luis y yo, luego vino también tío Luis y su hijo Juan y llevamos un peón Dionisio Contreras. Entre unos cuantos compradores buscamos un ladrillero José Cipollini y nos preparó los ladrillos y en esa primavera levantamos entre tío Luis y yo una pieza que fue destinada después para cocina de él mientras se procedió a arar un poco y sembrar algo de maíz.

Pero ya se venía el verano y hubo que venir a arreglar la máquina y prepararse para la nueva cosecha. Cortado y emparvado el cereal volvimos al nuevo campo, entonces vino también tía Rosa e hicimos tres piezas que fueron para nosotros y luego dos piezas más para tío que en ese año se separaba de nosotros.

Una vez trillada esa cosecha nos mudamos definitivamente a esa localidad que fue denominada más adelante "Colonia Italiana", en esa mudanza nos hizo un viaje con el carro Antonio Marconi y uno Orlando Fiorotto, mi abuela quedó con nosotros.

Mudada definitivamente la familia hubo necesidad de hacer una cocina porque la casa que habíamos hecho era demasiado chica, tanto más puesto que en ese año yo había decidido casarme, y una vez ésta concluida me dediqué a los preparativos de esa ceremonia.

LA BODA

Hubo que luchar con ciertas dificultades de orden monetario, la cosecha de ese año había producido poco y lo poco que había de lo anterior con gastos de escritura, poblaciones y mudanza se había liquidado. Aparte de eso, el separarnos de tío Luis nos empobreció doblemente, pero todo pudo resolverse y el día dos del mes de junio de mil novecientos tres, se ha realizado mi matrimonio.

Merece una descripción especial ese día, no por el casamiento en sí que era como puede serlo el de cualquier otro, sino la circunstancia que para esto debimos ir a buscar la novia a su domicilio en Cuchilla Redonda, unas seis leguas y al otro día irnos a casar a Urdinarrain.

Los caminos eran malos y el tiempo estaba lluvioso. A Erminia la encontramos con dolor de garganta y hubo que demorar un día la partida, habíamos ido Luis, Palmina y yo y de la familia de ella nos acompañaron el padre y sus hermanas Amábile y María. M¡ hermano Luis y la hermana de ella, Amábile, eran los padrinos.

Pernoctamos en casa y al otro día salimos para Urdinarrain, en ese viaje iba también Luis Tommasi, su señora y Antonio Fiorotto, como bautizaban una hija del señor Tommasi, Fiorotto y Amábile debían ser los padrinos.

En el registro civil, fueron testigos Tommasi y Fiorotto lo mismo que en la parroquia y por Erminia, siendo ella analfabeta ha firmado Luis Coletti.

Después del matrimonio civil almorzamos en la fonda de Crosa y cuando nos dispusimos ir a la Iglesia se puso a llover de manera que hubo que hacer ese trayecto corriendo.

Concluida la ceremonia nos dispusimos a emprender el viaje de regreso pero el mal estado de los caminos, aumentado por la reciente lluvia dificultaba enormemente la marcha y ya se venía la noche y los caballos no podían más, tanto que hubo que llegar a la casa de un vecino, Meliton Arce a pedirle un caballo, a lo que el buen hombre accedió.

Así pudimos llegar a casa donde nos esperaban mis familiares y algunos invitados.

Poco tiempo después de nuestra llegada se ha puesto a llover torrencialmente durante buena parte de la noche.

En ese invierno yo corté parte del monte e hice la línea de alambrado divisoria con Esterzi, Luis araba.

La primera cosecha en "Colonia Italiana" fue escasísima y sus precios muy bajos.

En una propiedad vecina ha venido a poblar la familia de Adán Spiazzi, terreno que habían comprado a un ruso.

En la siguiente primavera enfermóse y murió un hijo de Adán que se llamaba Marino y precisamente el dos de septiembre yo fui encargado de denunciar la muerte y hacer confeccionar el ataúd y un mes después o sea el diez del siguiente moría la señora de Cristán Ronconi.

Antes de eso, habiendo venido de Urdinarrain a caballo en compañía de Juan Tommasi y Luis Ledri, pasamos para acortar camino por unos campos de Muñoz, éste nos vio y al otro día recibimos orden de presentarnos el siguiente a la comisaría de Urdinarrain.

Lo esperé a Juan Tommasi pero Ledri marchó adelante y fuimos los dos a dicha comisaría, ni bien nos interrogó el señor comisario hizo pasar a Juan a una pieza y luego me interrogó a mí, tocándome idéntico resultado, nos ha tenido encerrados en distintas piezas hasta después de mediodía, Ledri había corrido igual suerte antes que nosotros.

Cuando pudimos hacerlo, le avisamos a un señor Andrés Parma, conocido comerciante de esa localidad y éste se presentó ofreciendo todo lo que nos hubiera hecho falta, incluso dinero del que había traído buena suma.

Del señor Parma sólo aceptamos sus buenos oficios y el pedido de que nos hiciera llegar alguna cobija para pasar la noche porque era invierno y nosotros no llevábamos nada y este señor nos proveyó de lo necesario.

El comisario, un tipo altanero y en sumo grado déspota, seguramente tenía intención de sacarnos una buena propina para dejarnos libres y como no les ofrecíamos nada no nos dejaba libre.

Pero a la noche nos permitió ir a cenar a lo de Crossa, si nos comprometíamos a volver a la comisaría enseguida y así lo hicimos. Allí pasamos la noche quedando libres al otro día poco después de las doce.

La segunda cosecha de “Colonia Italiana" fue regularmente buena, teníamos en casa la hija menor de Cristán Ronconi desde la muerte de la señora de éste, en Diciembre de ese año se ha enfermado gravemente mi hermano Tranquilo.

En Urdinarrain, había médicos, venía una vez por semana uno español, que tenía mucho de comerciante y poco de médico, pero no conseguía aliviar a mi hermano. Lo he consultado también al Doctor Reinalt, pero Tranquilo no mejoraba, sufría atroces dolores en una pierna y se había debilitado enormemente. Después de la cosecha estaba algo más aliviado y lo llevaron a Gualeguaychú, pero volvió más o menos en el mismo estado.

En ese verano yo trabajé como capataz en una máquina de Taffarel, ganando cuarenta pesos mensuales y seguí en ella hasta el dieciocho de marzo y en esa noche nació mi primer hijo que en memoria de los abuelos paterno y materno se llamó Pedro.

Al poco tiempo de haber nacido Pedro; Cristán Ronconi retiró de nuestra familia a su hijita.

Yo hice un viaje hasta Gualeguay para consultar un médico sobre la enfermedad de Tranquilo, les traje aceite de bacalao y no sé qué otra cosa, pero el mal era rebelde a toda la cura.

En ese viaje pasé y he pernoctado en casa de Bartolo Grígoli, teniendo el placer de conversar con ese señor y con sus hijos con los cuales habíamos sido condiscípulos. Otra noche la pasé en casa de mis suegros que ya se habían mudado a un campo del señor Jorge Gervasoni.

La vida en América, seguía siempre más o menos, se hizo otra siembra y vino otra cosecha, ese tercer año de “Colonia Italiana”, han venido a trillar los señores Taffarel y yo pasé una buena temporada en la máquina en calidad de capataz, siempre con los cuarenta pesos.

La cosecha de ese año había sido bastante escasa, hubo algunos perjuicios producidos por el granizo.

Después de la cosecha de ese año y precisamente en el mes de Abril, se casaba mi hermano Luis con María Marogna.

El siguiente año había una cosecha prometedora y entre los vecinos de “Colonia Italiana" se ha pensado comprar en sociedad una máquina trilladora, al efecto se ha nombrado una comisión de tres miembros recayendo la elección en las personas siguientes: Abbondio Spiazzi, Luis Tomáis y yo, para la constitución de esa sociedad se hizo un contrato social ante el señor Juez de paz de Urdinarrain, en esa época era el Señor Claudio R. Ledesma, por una duración de cuatro años.

Esa Comisión gestionó la compra de dicha máquina, se ha comprado por intermedio de la Casa Viuda de Goldaracena e Hijos en el precio de ocho mil trescientos pesos, más ochenta pesos para su conducción hasta la Colonia, hubo también que dotar la máquina de todos sus accesorios: casilla, carro aguatero, balanza, lona, etc.

Para la casilla se ha comprado una chata en Gualeguay y se hizo la casilla en casa utilizando las maderas con que venía encajonada la máquina.

Ese primer año fue maquinista Andrés Marogna y mi hermano Luis foguista.

Formaban esa Sociedad las siguientes personas: Abbondio Spiazzi, Pablo Spiazzi, Luis Ledri, Cirilo Ronconi, Cristán Ronconi, Constantino Esterzi, Francisco Fraccarolli, Luis Fraccarolli (mi tío), Luis Tommasi, Ángel Ronconi y Andrés Marogna.

El cinco de enero de mil novecientos seis, nació mi segundo hijo Tulio.

Desde la fecha en que se pobló la Colonia, todos sentían la necesidad de una escuela y mi hermana Palmina se dedicó un poco a enseñar las primeras letras a unos cuantos muchachos y después de ella yo también enseñé un poco. Para este fin habíamos hecho con la ayuda de algunos vecinos una piecita de barro y paja.

Más o menos al año de casada la mujer de mi hermano Luis tuvo un hijo que nació muerto y al año siguiente otro también muerto.

En esa época, se casó mi hermana Palmina con Domingo Ronconi que en esa época residía en Sarandí.

El dos de diciembre de mil novecientos siete, nació mi tercer hijo, una nena que por expresa voluntad de mi papá se llamó Dilecta Rosa.

Mi abuela seguía siempre guapa, pero al terminar el año novecientos ocho empezó a flaquear, sus fuerzas a abandonarla y su estómago a no aceptar el necesario alimento y el diecinueve de febrero de mil novecientos diez, moría serenamente confortada con los auxilios de la religión.

Mi hermana Josefina, se había casado con Domingo Tommasi y mi hermano Luis tuvo un hijo que se llamó Arturo.

Tres meses después de la muerte de mi abuela, nació otra hija mía que en su memoria se llamó Rosa, ésta nació el nueve de mayo de mil novecientos diez, en esa época brillaba en el cielo el hermoso cometa Halley.

En el mes de Febrero de ese año, vin¡eron de Italia varias familias, una de éstas, la de Francisco Giacopuzzi, la tuvimos en casa como dos meses, hasta que se han provisto de vivienda en una fracción de campo del señor Luis Spiazzi. Ese año yo era capataz de la máquina trilladora y al terminar la campaña la parte de algunos socios y el resto lo compramos antes de empezar la campaña siguiente.

Antes de eso, pero no podría decir con exactitud la fecha, había yo pedido precios de libros a una librería de Milán (Italia), del señor Luigi Perella y reunidos en casa varios vecinos, juntamos cierta cantidad de dinero y pedimos varios libros. Tengo idea que se han girado al señor Perella ciento cincuenta y tres liras y a su tiempo llegaron a Britos, en veintiún paquetes postales, yo mismo los retiré.

De todos los libros que se habían pedido creo que uno solo haya ten¡do el mérito de ser

conservado, es un diccionario gráfico itinerario con muchas indicaciones de todos los pueblos de Ital¡a que tuvieran alguna ofic¡na pública, los demás eran novelas y libros de lectura corriente.

Habiendo quedado nosotros dueños de la máquina trilladora, en la siguiente campaña, como en las sucesivas salimos con mi hermano Luis a campaña, pero en realidad no nos ha producido la utilidad que esperábamos.

Había muerto una hija de Ledri y en mil novecientos once murió Ángel Ronconi y, precisamente el dos de Octubre, en esa fecha se había empezado la guerra entre Italia y Turquía por la Conquista de Trípoli por parte de los italianos y poco tiempo después regresó de su viaje a Italia el señor Andrés Marogna.

En diciembre de ese año vino Juan Tommasi a pedirme lo acompañara a Buenos Aires, donde tenía que ir a llevar a su hermano Marcelo, a lo que accedí y esa tarde nos embarcamos.

Marcelo padecía de neurastenia y no poco trabajo costó el hacerlo aprontarse y salir. Para todo era indeciso y en todo veía dificultades insuperables.

Tomamos el tren en Britos, entre una nube de mosquitos que, después de pasado Carbó aumentaron hasta lo increíble y llegamos a Buenos Aires desfigurados por sus picaduras. Nos hospedamos en un restaurante de un señor Policarpo Porta. Después de haber almorzado, descansamos un poco y luego lo llevamos a Marcelo al Hospicio de "Las Mercedes", de donde no salió más.

Desde mi venida de Italia, no había vuelto a Buenos Aires, en ese viaje noté en la Capital un notable progreso, se veía uno que otro automóvil, muchísimos tranvías todos a tracción eléctrica, las calles habían mejorado mucho y su aspecto edilicio, también estaba cambiado.

He visto en ese viaje el Jardín Zoológico, que me agradó mucho, hemos recorrido el puerto, hemos visto un teatro, en fin me ha causado muy buena impresión.

Volvimos al Hospicio, esperando ver a Marcelo, pero no nos dejaron verlo y yo no lo vi más.

En la tarde del veintisiete del mismo mes, nos embarcamos en el vapor "Golondrina", rumbo a Gualeguaychú, el río estaba algo agitado, en la tarde de ese día en Buenos Aires lloviznaba a intervalos y se sentían algunos truenos al norte.

Al poco rato de salir del puerto, el vapor empezó a sacudirse y lo hacía cada vez más, tanto que ninguno de los pasajeros ha podido cenar, todos estaban mareados.

Llegamos a la mañana siguiente a Gualeguaychú y me llamaba la atención que en ese puerto había muchas ramas de árboles que, se veía habían sido llevadas por el viento, era algo temprano y como no había coche y hacía bastante frío nos encaminamos rumbo a la estación a pié.

A pocas cuadras del puerto había un eucalipto volcado en la calle por la fuerza del viento, en la calle 25 de Mayo encontramos el Restauran del Sol que el viento le había llevado totalmente el techo y se veía en la casa del otro lado de la calle España toda golpeada por las chapas de zinc. Doblando después por la calle Rocamora encontramos en medio de la calle el techo completo de una casa, en todas partes se veían los efectos de un fuerte ciclón.

Salimos de Gualeguaychú en tren y en todo el trayecto. Hasta Britos se veían los destrozos ocasionados por la tormenta del día anterior, de ese punto salimos en sulky, llegamos a “Colonia Italiana”, allí también los perjuicios habían sido considerables, en nuestra Colonia el viento había destrozado cuatro lonas con las que habían tapado otras tantas parvas, había derribado el molino de

viento de Tomáis y a algunos otros habíanles hecho serios daños.

A causa de ese ciclón, ya no nos fue posible, cortar unas veinticinco hectáreas de trigo, el resultado de la cosecha ese año fue bien escaso.

En el mes de marzo del siguiente año, mil novecientos doce, y precisamente el siete de ese mes nació mi quinto hijo, que se llamó Tolentino.

Luis, mi hermano, ya tenía dos hijos varones, el segundo se llama Gustavo.

LA ESCUELA

El tema de la creación de una Escuela seguía preocupando a los vecinos, pero nunca se llegaba a nada positivo, pero un día mi amigo Esterzi me invitó para que hiciéramos un local adecuado entre los dos, para que luego solicitáramos un maestro, yo acepté de buen grado tal propuesta, pero le hice notar que antes de llevarla a la práctica, llamásemos a una reunión de vecinos, para exponerles nuestro proyecto, pero quedando dispuestos a aceptar lo que la mayoría resolviera.

Esa reunión tuvo lugar en la casa de comercio del señor Alejandro Adón y a moción del señor Aquiles Marechal se nombró una comisión de tres miembros de la cual yo era Presidente, Toribio Espósito, secretario y Constantino Esterzi, tesorero.

Para ese fin se ha solicitado el terreno a Cristán Ronconi, quien nos pedía por el mismo doscientos cuarenta pesos la hectárea.

En esa misma reunión se han reunido algunos fondos, pero en realidad eran pocos.

Para llevar adelante nuestro propósito yo me entrevisté con el señor Juan Patriarca de Urdinarrain y a indicación de éste levantamos un censo escolar y lo elevamos acompañándolo de una solicitud al Inspector de Escuelas Señor Esteban Bugnone de Gualeguaychú, pidiéndole que vea el terreno que habíamos solicitado, no pareciéndonos adecuado el que nos quería vender Ronconi.

El señor Inspector nos contestó que si ese terreno no nos parecía adecuado y había otro en esas inmediaciones podíamos aceptar otros sin consultar con nadie.

Para esto ofreció espontáneamente y gratuitamente una hectárea de terreno el Señor Esterzi y en ese resolvimos hacer la Escuela.

Para su inmediato funcionamiento hicimos, con la ayuda de varios vecinos, un rancho de paja y barro y en marzo de mil novecientos catorce pudo funcionar la Escuela, era la Escuela N° 36 de la “Colonia El Paraíso”, de donde yo mismo he traído muebles y útiles, fue su primer director el maestro normal Heraldo Rundié.

El diez de septiembre del año anterior, había nacido mi hija Irene.

El señor Rundié no fue del agrado de muchos vecinos, no sé por qué causa, pero ha sido uno de los mejores maestros que yo he conocido y del cual habíame hecho muy amigo, desde su venida hasta que pudo ocupar la casa pasó en nuestra casa unos dos meses.

El veintiocho de junio de ese año, fueron asesinados en Sarajevo los príncipes herederos de la corona austro-húngara, siendo este hecho la chispa que inició el grande incendio de la conflagración europea.

El campo que había comprado papá ya se había pagado y había algunos ahorros, ese año en un arreglo de cuentas el Señor Antonio Siboldi me regaló un reloj de pared que aún conserva mi hermano Luis.

A principios de mil novecientos dieciséis, mi tío Luis tenía el propósito de comprar una fracción de terreno en Britos y al efecto quería vendernos a nosotros el campo de él, negocio que les hubiéramos aceptado, pero un día se ha presentado mi primo José y dijo que iba a decirle al vendedor que ellos habían resuelto no aceptar el negocio, pero que podríamos hacerlo nosotros y, que si para eso nos hacía falta un poco de dinero ellos nos lo prestarían.

Después de consultarlo en familia, resolvimos aceptar y yo fui a Parera con José que iba a anular el trato que tenía y en el cual entrábamos nosotros, así lo hicimos y ese mismo día, fuí con mi primo y el vendedor señor Edelmiro Reynoso, a ver el campo.

Ese terreno a mí me gustó y al día siguiente nos venimos a verlo con mi hermano Luis y con él fuimos a Gualeguaychú y nos arreglamos con el señor Reynoso. El campo nos costaba veinticinco mil pesos y según el arreglo debíamos pagar veinte mil al contado y el resto en dos anualidades. Al vendedor les entregamos como seña dos mil pesos y éste nos dió la posesión inmediata. Se nos presentaba el problema de quién iría a vivir al campo de Britos, Luis no era muy propenso a ir y los otros hermanos eran algo jóvenes, pero a mí que ese lugar me gustaba, me ofrecí para ir con mi familia y que fuera conmigo Tranquilo y así lo hicimos.

Serafín se había casado en abril de mil novecientos once con Paulina Marogna, hermana de la mujer de Luis y ya tenía dos hijos: un varón y una mujer.

El día diecisiete de marzo de mil novecientos dieciséis me mudé a Britos con mi familia, la casa que había en la propiedad que compramos hallábase en mal estado y debíamos hacer una cocina, mientras tanto ocupamos para ésta una de las piezas y las otras dos se destinaron para dormitorios.

El doce de abril de ese año; ante el Escribano Público señor Juan Manuel Cabrera Duarte, se hizo la escritura de compra venta con el señor Reynoso y en lugar de entregarles al contado veinte mil pesos; como habíamos arreglado, les entregamos veintiún mil quinientos, quedando con una deuda de tres mil quinientos pesos, buena parte de ese capital lo habíamos pedido prestado.

La compra de ese terreno la hicimos a nombre de mis hermanos varones y mío, papá no fue a verlo hasta después que yo ya me había mudado en él y le agradó muchísimo.

Compré a Solano Palacio los ladrillos para hacer la cocina, pero antes de ponerme a la obra he tenido que hacer un viaje a Buenos Aires con mamá que debía hacerse operar de cataratas en un ojo y era diabética.

Para ir a Buenos Aires nos fuimos a embarcar a Gualeguaychú, nos dió una carta de presentación para el Hospital Italiano el señor José Ferrando, salimos de esa ciudad el treinta de abril y llegamos a la capital el 1° de Mayo.

Yo llevaba una tarjeta del Hotel Savona del señor Lorenzo Canepa situado en calle Rivadavia 1865, donde fuimos tratados muy bien.

Internada mamá en el Hospital yo quedé en el hotel unos cuantos días y siempre que podíamos nos íbamos a estar con mamá y en esa oportunidad papá también se hizo examinar la vista con el oculista primario del Hospital Dr. Enrique Rivabella y después de ese lo hizo en el Instituto de Optica del señor Garbarino en calle Esmeralda, no recuerdo a qué número, allí se compró un par de lentes que le dieron buen resultado.

Durante mi permanencia en Buenos Aires y en los momentos que no podía estar con mamá me dedicaba a recorrer la ciudad en todas direcciones y pude comprobar que su progreso había sido sorprendente, tanto en su comercio como en el embellecimiento edilicio, ya estaba librado al servicio público el tranvía subterráneo de Plaza de Mayo a Caballito.

Como por ser diabética mamá antes de operarse debía someterse a un tratamiento alimenticio hasta la desaparición de la glucosa y esto iba a demandar varios días, hemos resuelto con papá que el se quedaría en Buenos Aires y yo regresaría a casa porque había bastante por hacer y también para que disminuyera el gasto, así que unos diez días después yo tomé el tren en la estación Lacroze y me vine a Britos.

En ese año había una tremenda sequía y con gran dificultad se podía arar. Tenía un peón, Fausto Sanchez y con él araba Tranquilo, yo me puse a hacer la cocina, cavé los cimientos y empecé las paredes, pero solo no podía hacer gran cosa y tomé otro peón: Leonida Sánchez. En esa época hacía ya bastante frío.

Mientras estaba ocupado en la construcción, me vino la noticia de Colonia Italiana, de que mi hermano Serafín estaba con pulmonía, me fui a visitarlo y regresé a mi trabajo, unos días después se fue Herminia y volvió con la nueva de que estaba muy grave. Dejé el trabajo y salí a ver a mi hermano hallando a su mujer y toda la familia muy abatidos, pero el enfermo esa noche reaccionó y siguió después su mejoría reponiéndose pronto.

Mamá había sido operada y terminado el mes de pensión que habíamos pagado salió del Hospital y una mañana sin que los esperara llegaron a Britos.

De la estación pasaron a lo de Lavini y éstos me avisaron para que fuera a buscarlos y allí papá y mamá se enteraron de que Serafín había estado con pulmonía.

Si no hubiesen sabido que mi hermano estuvo enfermo probablemente se hubieran quedado algunos días pero al saber eso quisieron marchar ese mismo día a la Colonia Italiana.

Pocos días después Tranquilo se enfermó algo, tuve miedo que también le diera pulmonía, pero no fue así, después de pocos días ya estaba bien.

A propósito de Tranquilo, debo agregar que en un viaje que hice a la casa de mis suegros con Herminia tuve noticias de que cerca de ellos había venido a veranear un célebre médico italiano Emilio Rebaudi, vine a casa y al otro día lo llevé a Tranquilo que aún sufría de su ya vieja enfermedad.

Ese médico lo examinó muy bien y luego me dijo: Todo lo que usted ha gastado en médicos y medicinas ha sido inútil, ninguno ha conocido esta enfermedad, felizmente ha quedado en una pierna y este mozo se va a componer, necesita solamente buena alimentación y me recetó extracto de Malta con yoduro de hierro y Tranquilo fue componiéndose poco a poco, tanto que cuando fuimos a Britos nadie le notaba la renguera.

Por más que yo insistí ese médico no quiso aceptar ninguna paga por la visita que le hizo a mi hermano, diciéndome que él no había venido al campo para ejercer la medicina y que gustoso atendía algunos casos, pero no aceptó pago por éste.

Ese año se ha sembrado tarde y bastante mal a causa de la sequía. En el mes de septiembre Tranquilo se casaba con Carolina Tommasi.

Para completar el perjuicio de la sequía, ese año han venido muchas langostas y nosotros cosechamos en Britos bastante menos que la semilla que habíamos tirado. Me han trillado los Piccini y saqué entre trigo y lino cincuenta y nueve quintales.

El 9 de julio de ese año se cumplía el Centenario del histórico Congreso de Tucumán y yo recibí una invitación para ir a una reunión de vecinos que debía celebrarse en la Escuela de Britos, donde enviaba a mis hijos Pedro, Tulio y Dilecta.

Naturalmente acepté esa invitación y fui a la reunión indicada.

Reunidos los vecinos y a moción del Director Señor Ángel Sturla me nombraron Presidente de una Comisión que debía organizar un festival en esa escuela el día 9 de Julio, formaban parte de esa Comisión varios vecinos de los cuales no tengo presentes los nombres, pero todos han colaborado para el éxito del festival que se dio.

Se hicieron varias colectas entre los vecinos con regular resultado, el Gobierno de la Provincia raíz de una nota que le enviamos, nos mandó cincuenta pesos, yo pasé una carta a los señores Ambrosoni y Corvalán de Concordia y me mandaron cincuenta pesos y una a Pablo Rossi y Cía, de Gualeguaychú y me mandaron veinticinco pesos, sin contar donaciones de menor importancia.

Se dio de comer a la concurrencia y algunos regalos a los niños y la fiesta resultó bien y al hacer el balance hubo un déficit de un peso y cincuenta por cada miembro de la Comisión.

La operación en el ojo de mamá resultó bien y recuperó buena parte de su vista. Debía seguir un régimen alimenticio por causa de la diabetes de la que era enferma. Yo mantenía correspondencia con una fábrica de pastas alimentarias para diabéticos de un señor Agustín Marchese y de esa casa me hacía enviar periódicamente alimentos para mamá.

El siguiente invierno lo tomé de peón a Ángel Sturla (hijo), se hizo una buena siembra promisoria. Ese año el levantar la cosecha dio un enorme trabajo por exceso de lluvias, hice cuarenta y dos parvas, pero el cereal se había deteriorado mucho antes de emparvarlo y he tenido que tomar varios peones, sufriendo una buena pérdida en la cantidad y más aún en la calidad.

Pasada la cosecha, resolví renovar la población y hacer algunas piezas nuevas dando ese trabajo al albañil Juan Acosta. Enseguida hice dos piezas, para éstas les compré ladrillos a Solano Palacio y un resto de tejuelas a Juan José Butelli de Urdinarrain, la madera la compré al señor Antonio Siboldi y las aberturas las hice hacer en la carpintería de Piaggio Hermanos de Gualeguaychú.

Como se aproximaba el invierno, ya no renové la casa vieja en ese momento dejándola para la próxima primavera.

Antes de la cosecha escribí a la Sociedad de Agricultores (La Mutual), solicitándole enviaran algún representante y al poco tiempo recibí la visita del Secretario de la misma quien me confió una Agencia que llevaba el número sesenta y cinco.

Ese año hice pocos seguros pero en lo sucesivo aumenté mis operaciones y llegué a tener la confianza de ese Directorio y también de la Administración.

El invierno de mil novecientos dieciocho fue algo frío y el veinticuatro de junio de ese año ha caído un poco de nieve, cosa sumamente rara en este país.

Un año antes y precisamente el día veinte de junio ha nacido mi hija Elena y en Diciembre de ese año murió el Director de la Escuela Señor Ángel Sturla.

A sustituir el Director fallecido ha venido una maestra de Colón Srta. Isolina Bruches, siguiendo en su puesto una hija de Sturla, Jacinta.

Llegada la primavera empezamos la reconstrucción de la casa vieja, para esa obra compré ladrillos a Butelli y el trabajo lo hizo el mencionado Acosta utilizando todo el material servible incluso las aberturas.

Me había hecho socio de "La Mutual", adquiriendo al principio cinco acciones que después fueron aumentando, cada una era de un valor de diez pesos y la agencia de la misma me dejaba alguna utilidad.

He asistido en Lucas Gonzáles a varias asambleas de socios, no todas se desarrollaban con armonía, más adelante he de hablar de alguna de ellas. Por la renuncia de Luis I. Coletti habíase integrado la subcomisión escolar de Britos con el señor Juan Rossi, pero éste poco tiempo después renunció también y por indicación de la señorita Directora fui nombrado Presidente de la misma, los otros miembros eran Joaquín Lavini y Pedro Rocha.

En una reunión de vecinos en esa misma escuela se quiso crear también una biblioteca popular, de esa Comisión también era presidente y el secretario era Samuel Rivenson.

La biblioteca se llamó "Los Principios". En esa Escuela habíase creado también una Sociedad de Socorro Infantil que durante su actuación daba a los niños una galleta por día, en cierta época se les dio también un vaso de leche y se le han distribuido ropas y zapatos, esa sociedad era dirigida por mujeres.

La señorita Isolina Brucher estuvo en la escuela durante siete años y fue la que le dio impulso, haciendo que aumentara la asistencia y enseñando muy bien y procurando también enseñar manualidades que han resultado muy provechosas. Al dejar su puesto era Directora, había ya cuatro maestras. Fue sustituida por una de ellas: Angela Mogas.

El edificio escolar encontrábase en malísimo estado, tanto que hubo necesidad de alquilar una casa para su traslado y al efecto fue alquilada una propiedad del señor Lavini. Pero al tiempo de trasladarla se ha llamado a una reunión de vecinos y con asistencia del Subinspector Marcial Irigoitía se trataba de hacerla un poco más cerca de la estación y como esto no fue posible llevarlo a la práctica, se ha solicitado la construcción de una escuela en esas inmediaciones.

El señor Lavini donó el terreno y se consiguió su creación y la edificación de un local nuevo igual al que se hizo en el lugar de la escuela vieja.

LA SOCIEDAD “UNIÓN ENTRE AGRICULTORES”

Mi hermano Tranquilo y yo nos hicimos socios de la Sociedad Anónima "Unión entre Agricultores" adquiriendo dos acciones de cien pesos cada una con el compromiso de aumentarlas hasta cinco, cosa que hemos podido hacerlo pronto. He formado parte del Directorio de esa Sociedad varios años y fui Presidente dos.

Con la máquina trilladora, salía invariablemente mi hermano Luis y a veces lo acompañaba Serafín.

Al terminar una campaña y cuando le faltaban pocos días mi hermano Luis se enfermó y yo he tenido que terminar la campaña, como Luis no parecía de gravedad hice un viaje a Buenos Aires en compañía de Antonio Siboldi, con el propósito de verme con unas señoritas Errasquino que eran las dueñas de un terreno contiguo al nuestro pero no he podido hacer nada, pareciéndome muy elevado el precio que me pedían.

El señor Siboldi iba con el propósito de cobrar dos vagones de lino que había mandado,

pero no lo cobró en ese viaje ni nunca, y un día que nos habíamos ido, el señor Siboldi, su sobrino Agustín y yo a Barracas de vuelta de ese viaje al señor Siboldi le robaron la cartera.

A mi regreso supe que mi hermano Luis se había reagravado, entonces se puso en Cura con el Doctor Ricardo Roig y su enfermedad fue algo seria y un poco larga, tratábase de una fiebre intestinal o tifus. El médico lo atendió muy bien y una vez cesada la fiebre y entrado en convalecencia le dieron fuertes dolores en una pierna que le duraron varios días.

Durante mi presidencia en la Sociedad "Unión Entre Agricultores", se resolvió ampliar el edificio social, se hizo un salón para la venta que costó algo más de doce mil pesos. En esa misma época el Gobierno Nacional dictó una Ley de cooperativas que ese Directorio no encontraba bien. A darnos una explicación de esa Ley ha venido un delegado del Ministerio de Agricultura Doctor Luis Borea, asistí a esa entrevista con el Gerente Máximo Kunath y el Síndico Juan Zeroli en la sede social.

En una reunión del Directorio, se había resuelto que el Presidente y el Gerente se entrevistaran con el Gobernador de la Provincia en esa época era el Doctor Eduardo Laurencena, y a ese objeto hicimos el Gerente y yo un viaje a Paraná y expusimos al Sr. Gobernador las dificultades que se nos presentaban para acatar la referida Ley. Tuvimos de parte del primer mandatario de la provincia la más franca acogida y nos prometió toda su buena voluntad y su ayuda si era menester.

El Directorio resolvió llamar a los socios a una asamblea extraordinaria para reformar en cierta parte los estatutos sociales y así se hizo.

Un tiempo después recibimos una invitación de la “Unión de Cooperativas" de Rosario, para que asistiéramos a un Congreso a celebrarse en esa ciudad, delegados a ese Congreso fuimos el Gerente y yo.

En esos días por una causa que explicaré más adelante, tenía que hacer un viaje a Buenos Aires, así que desde la capital me dirigí a Rosario, después de haber diligenciado el asunto que motivaba mi viaje a Buenos Aires.

He tomado el tren rápido en Estación Retiro y llegué a Rosario un poco antes del mediodía, me albergué en un hotel que no fue de mi agrado, pero quedé en él esa tarde y pasé la noche, a la mañana siguiente me dirigí a la Unión de Cooperativas, para conocer las personas con quien días después, debía tratar y a la vez me indicaron donde me convenía alojarme. Fui recibido muy cortésmente y me indicaron que fuera a hospedarme al Hotel "Mayo", dónde tendría también un descuento por ser un delegado al Congreso de Cooperativas, esa misma tarde me trasladé a ese hotel.

Cuando había tomado posesión de mi pieza y me disponía a bajar, encontré en la pieza cuya puerta era enfrente de la que yo había ocupado al señor Kunath que había llegado ese día y conforme bajé al bar del hotel, lo encontré a Don Enrique Guquera, Gerente de "La Mutual". Es muy agradable encontrarse en una ciudad desconocida con algunos amigos de confianza.

Me ha emocionado bastante la entrada al Congreso de Cooperativas, que se celebraba en el local, gentilmente cedido, del Club Italiano, en la puerta de ingreso estaba la banda municipal, que a nuestra llegada ejecutó una marcha y una vez adentro y ubicados todos en nuestros puestos, ejecutó el Himno Nacional.

Las discusiones del Congreso duraron varios días, tema de las mismas era la ya nombrada Ley de Cooperativas, que una parte de los Congresales querían modificar pero la mayoría votó para su aprobación tal cual la había presentado el Gobierno Nacional. Entre los defensores de su conservación figuraba el Doctor Nicolás Repetto, el Doctor Gatti, un diputado Gimenez y varios otros. Había delegados de todas las provincias y hasta territorios de la República, había un delegado de Canadá y un allegado a la embajada de Méjico.

Terminado el congreso la "Unión de Cooperativas" nos ofreció un banquete en el Hotel “Mayo”.

Al día siguiente salí de Rosario, pasando por Santa Fe, donde almorcé y llegué a la tarde a Paraná siguiendo al otro día hasta Britos en tren.

Ninguna de las ciudades y pueblos que he visto en este país ofrece un bonito panorama como Paraná vista desde el río en el atardecer.

Durante mi presidencia, estuve también en la capital con el señor Gerente, pero no he viajado con él, ese viaje lo hice con mi hermana Josefina y su marido. En esa época habíase ido a pique uno de los ferry boats que hacían la travesía del río Paraná desde Ibicuy hasta Zárate y por esa causa había que hacer esa travesía en un vaporcito embarcándose en Ibicuy por la mañana y llegando a Zárate como a las diez.

En ese viaje, traían en el tren a un demente de Concepción del Uruguay y un poco antes de llegar a Zárate en un descuido de los que venían custodiando se arrojó al agua, fue visto y en seguida se dio el grito "un hombre al agua", fue eso una alarma general, un sobresalto para todos, pero el loco nadaba y fue salvado y recogido por un pescador y luego devuelto al vapor. ¡Daba lástima!.

Nos hospedamos con mi hermana y mi cuñado en el Subterráneo Hotel. Mi hermana iba para hacerse ver con algunos médicos, porque hacía tiempo que su salud era deficiente. La examinaron los doctores Grapiola y Goyena y le recetaron cierto tratamiento y que llevara siempre una faja abdominal y con esos recursos se compuso. Visitamos con mi cuñado en ese viaje la Sra. de Sixto Minetto, hospedada a la sazón en el Hospital Español, donde le habían practicado una delicada operación quirúrgica.

Mi hermana y mi cuñado, una vez diligenciadas sus visitas a los médicos, se volvieron a la casa y yo me trasladé al Hotel "Yostein" en calle 25 de Mayo y Corrientes donde me esperaba el señor Máximo Kunath.

El viaje a la capital del Gerente de "Unión Entre Agricultores" y yo tenía un fin comercial; el principal objetivo de nuestro viaje era el de comprar unas quince mil bolsas nuevas para cereales. Al efecto vistamos varias fábricas y casas del ramo, pero no nos fue posible, comprar ni una sola bolsa, en ese entonces me di exacta cuenta de lo terrible que son los trust. Visitamos varias casas importantes, entre ellas "Agar Cross", "Moore y Tudor", "La Cantábrica", "La Internacional", etc. Diligenciados nuestros asuntos comerciales, Don Máximo Kunath, se fue a La Plata, donde tenía un hijo estudiando en la Un¡versidad y yo regresé a mi casa.

Pasados los dos años de presidencia, fue elegido Presidente de la Sociedad Don Lorenzo Huck, pero desde esa fecha la Sociedad marchó rápidamente a la bancarrota. Hubo desavenencias entre el Gerente y el Directorio, fue destituido el gerente, pero no han podido o no han sabido defender los intereses sociales y la Sociedad fue liquidada incorrectamente.

Hice un viaje a Buenos Aires no recuerdo en qué fecha, con mi hermana Palmina, su hija Amelia y los cuñados de ella Juan Bautista y su esposa Petrona. Motivo del viaje era la salud de Petrona y algo de Amelia. Petrona fue examinada por un Doctor Daneri y luego se le hizo una radiografía en el Instituto Argentino de Radio les han recetado unas series de inyecciones y con eso se ha mejorado. En ese viaje hicimos juntos una visita a la famosa Basílica de Luján y debo decirlo esa Basílica es digna de ser visitada por todos los católicos creyentes y también por cualquier persona que sea amante de lo bello y de lo grandioso, a mí me ha encantado bajo cualquier punto de vista.

En los distintos viajes que hice a Buenos Aires he ido también a La Plata para visitar

personas conocidas, como también había ido a Moreno para visitarlo al señor Juan Canatta, persona que había conocido en Britos pero no me fue posible verlo, como tampoco he visto en La Plata a la Sra. Etelvina Fernández, en cambio he visto y he quedado muy bien impresionado al estudiante de farmacia Francisco Cadirola, con el que pasé un buen rato en amena conversación.

El viaje a Buenos Aires con el señor Siboldi lo había hecho con el objeto de entrevistarme con una señorita Errasquin que parecía que querían vender una fracción de campo que tenían en Britos contiguo al nuestro, pero no he podido arreglarme.

Un poco de tiempo después, se había ofrecido en venta una fracción de terreno, de cuatrocientas hectáreas propiedad de un señor Antonio Fontana, nos fuimos a verla con mis hermanos Serafín y Tranquilo y mi cuñado Antonio Fiorotto, el campo era bueno y resolvimos que yo fuera a Buenos Aires para verme con el dueño, vine en la tarde a Gualeguaychú donde hallábase José Fontana primo del vendedor y con él fuí a Buenos Aires esa misma noche.

En esos días habíase venido a la capital mi hermano Luis para hacerse operar de un brazo y hallábase en el hospital junto con Maximino Londra, le expuse el motivo de mi viaje, pero el no mostró el entusiasmo que yo esperaba para hacer el negocio, no obstante ello fui a verlo al señor Antonio Fontana, éste pidió doscientos veinte pesos la hectárea, el precio me gustaba pero como no tenía el dinero disponible no he podido arreglar ese día, ni tampoco más adelante por no haber podido vender la propiedad de Colonia Italiana. Al poco tiempo después ese mismo campo fue vendido en doscientos sesenta pesos la hectárea. Mi hermano Luis después de su enfermedad de tifus ha tenido que enfrentar dos operaciones quirúrgicas en un brazo la primera poco tiempo después de la muerte de papá y la segunda en la fecha que había ido para el negocio del campo de Fontana, Tranquilo se había casado en el año mil novecientos dieciséis en el mes de setiembre con Carolina Tommasi de la que había tenido seis hijos, la menorcita de éstas que se llamaba Esther murió en setiembre de mil novecientos veintiocho a la edad de cuatro meses y la madre el veinticuatro de Octubre del mismo año.

La salud de mi papá había comenzado a declinar produciéndosele dificultad para hablar, lo hicimos ver con varios médicos pero el mal rebelde a toda cura fue inexorablemente agravándose hasta el punto que casi no podía hablar ni dormir hasta que el día primero de abril del año mil novecientos veintidós confortado con los auxilios de nuestra religión y rodeado de todos sus hijos entregó su alma de Justo al Señor.

Todos los reveses y las adversidades de mi existencia, son nada comparados con la pérdida de ese queridísimo padre, no se ha borrado ni se borrará más de mi mente su recuerdo y cuando los pesares me agobian pienso que si mi padre viviera serían menos penosos los embates de la vida.

El sepelio de papá se ha efectuado el domingo dos de abril. Ese día había elecciones para la renovación de Presidente de la República y resultó electo el Dr. Marcelo T. de Alvear.

En mi carácter de Agente y de socio de “La Mutual" he tenido oportunidad de conocer las personas que formaban su Directorio como así mismo el personal de Administración con los cuales he conservado siempre buenas relaciones y no pocas veces me han consultado sobre su desarrollo y actividades.

Hacia los años mil novecientos veinticinco o mil novecientos veintiséis habíase formado un grupo de personas que pretendían cambiar rumbo a la marcha de la Sociedad, estos Señores parece que eran dirigidos por un ex empleado que hubo que separar de la Sociedad por su conducta deshonesta y capitaneado por un señor Juan Brescacín semi analfabeto de Gualeguay acompañado por un Conrado Scheiden, Néstor Faciano, Ángel Dalio, Kiva Jaroslasky y otros varios.

Estando yo en mi casa de Britos recibí un buen día la visita del señor Brescacín y me habló de una reunión de socios a realizarse en Galarza con el fin de sugerir a la Sociedad algunas

innovaciones de utilidad para los socios, yo acepté de buen grado la invitación pero cuando el mencionado señor me dijo que ya no era agente pensé que podían no ser del todo sinceras sus manifestaciones y antes de la reunión resolví tomar por mi cuenta algunos informes los cuales resultaron completamente contrarios a los fines que se me habían propuesto, se trataba nada menos de dar la presidencia de la Sociedad al citado Brescacín y la gerencia al ex empleado lo que hubiera provocado la bancarrota de la Sociedad a corto plazo.

Cuando el señor Brescacín y sus cómplices se han dado cuenta que yo trataba de descubrirles sus planes me han dirigido varias cartas a las cuales yo respondía siempre en forma correcta pero siempre firme en mi propósito de no dejar llevar a efectos sus propósitos, hasta que Brescacín me ha dirigido una misiva algo insolente.

Estudiada la carta, escribí la respuesta, la metí en un sobre y junto con la carta la envié al Gerente de “La Mutual” diciéndole que estudiara la carta que había recibido y la respuesta que pensaba enviarle.

Enterado el Gerente por mi carta enseguida mandó al Subgerente para pedirme autorización para publicar esa respuesta como carta abierta en "El Colono" y como yo había salido para Gualeguay se vino a esa ciudad a buscarme y de allí me ha llevado a Lucas Gonzales donde pasé la noche en casa del Gerente y le otorgué la pedida autorización y al otro día salí en tren para Concepción del Uruguay.

En el mes de setiembre de ese año realizábase, como de costumbre, la Asamblea General Ordinaria y la carta abierta que yo había dirigido a Brescacín fue objeto de los más diversos comentarios, la mayoría de los socios aprobaron y aplaudieron mi conducta, mientras que los del bando de Brescacín la comentaron ásperamente. Esa Asamblea fue muy agitada pero ha prevalecido la opinión del Directorio y se ha terminado como a las cuatro de la tarde, después de la Asamblea todos los agentes, el Juez de paz de Lucas González, el comisario de policía y algunos otros fuimos obsequiados con una comida en casa del Gerente.

No obstante los esfuerzos del Directorio y de la Administración las operaciones de "La Mutual” fueron cada año más reducidas, pues si las maniobras de los insurrectos no le ha dado el manejo de la Sociedad han servido para distraerle buena parte de las operaciones y las utilidades fueron cada año más reducidas, hasta el punto que se hablaba de su segura bancarrota, y si ésta no se ha producido débese al empeño de pocos socios, a la constancia y abnegación de la Administración y a la energía de sus directores.

LOS ÚLTIMOS AÑOS



Familia Marconi-Valichella

Mi mamá seguía con una salud resentida a causa de la diabetes que la venía consumiendo, no hemos omitido esfuerzos ni gastos para proporcionarle los alimentos que su estado exigía, para proporciónale los que podía apetecer, pero la falta de su compañero, de ese marido cariñoso y padre querido era para ella un vacío tan grande que no había nada que pudiera proporcionarle un consuelo verdadero y siguiendo el mal su fatal camino el día catorce de enero del año mil novecientos veintiocho como a las once de la noche y después de unas cuantas horas de agonía, dejó esta vida para reunirse con papá en un mundo de paz y de tranquilidad.

Yo había quedado huérfano del todo, yo no sé si a todos les produce el mismo efecto la muerte de sus padres, pero para mí eso es algo que no se puede expresar con palabras, por más que los años sigan corriendo, por más que mis cabellos se vuelvan blancos, siempre me parece que soy un chico y que cuando me encuentro a punto de caer, si tuviera la mano de mamá o de papá para sostenerme no me caería, y a medida que pasan los años hecho siempre de menos su agradabilísima conversación.

El año mil novecientos veinticuatro, mis hermanos y yo hicimos el más descabellado de los negocios: se nos propuso en venta el campo de Juan y Domingo Tommasi, enseguida manifesté yo a mis hermanos que ese negocio no me parecía bueno y que yo de ninguna manera me iría a vivir en Colonia Italiana, pero ellos en vista de mi obstinación aceptaron en dejarme para mí la propiedad de Britos y con esas condiciones acepté.

Nos pusimos al habla con los Tommasi, pretendieron un precio de doscientos noventa pesos la hectárea y las condiciones de pago nos harían las mismas que a ellos hacía Salvador Dardán, esto era la mitad al contado y el resto una vez que se consiga del Banco Hipotecario Nacional el préstamo por la suma total de la operación.

Para hacer esas operaciones hubo que hacer varios documentos, uno era la venta de todos los herederos de papá a mi hermano Luis y otro de venta a mi favor de la propiedad de Britos como también la compra por Serafín de la propiedad de Juan Tommasi y a Tranquilo la de Domingo.

Una vez hechas estas operaciones hubo que dirigirse al Banco Hipotecario (Sucursal Gualeguay) para Luis, Serafín y Tranquilo y (Concepción del Uruguay) para lo mío.

Pero antes de eso y para poder hacer la entrega que habíamos convenido hubo que hacer uso de unos préstamos y los conseguimos de dos partes: uno de veinticinco mil pesos a mi nombre del señor Andrés Pourpour y uno de quince mil pesos para Luis del Dr. Mario C. Gras. Esa diferencia de préstamo era en armonía con la diferencia de las propiedades, pues la de Britos era de doscientos nueve hectáreas y la de Luis de ciento treinta y cinco, la de Serafín y Tranquilo era de ciento ochenta y unas.

Los préstamos fueron acordados en distintas fechas y por una suma total de noventa y cinco mil pesos a éstos hubo que agregar otros préstamos particulares para hacer frente a gastos de escritura y aumento de implementos agrícolas y animales.

Realizadas estas operaciones mi hermano Tranquilo se mudó con su familia a la propiedad que era de Domingo Tommasi y Serafín a la que fue de Juan.

En ese año ha nacido mi último hijo Rito y precisamente el quince de octubre de mil novecientos veinticuatro.

En el mes de febrero de mil novecientos veintitrés me ha sorprendido la llegada de Italia del señor Hugo Zanella con su familia compuesta de: su esposa Lidia y sus hijos, Zina, Lina y Guido, acompañábalo el señor José Marogna.

A su llegada me han entregado una carta que decían era de una tía que yo tenía en su mismo pueblo, pero que supe luego ser dicha carta apócrifa.

Venía esa pobre familia desprovista de todo y con muy poco dinero, los alojé en mi casa por más de un mes de tiempo hasta que le conseguí una casita en la que se ubicaron por un poco de tiempo y más adelante les conseguí que vivieran en la estancia de Doña Juana D. de Reynoso, allí conseguí que el arrendatario del campo les cediera un poco de terreno para sembrar y entre varios vecinos les proporcionaron un poco de semilla de lino, yo les presté un arado y algunos caballos y con éstos ha podido sembrarse un poco y hacerse de semilla para una próxima campaña.

Por causas que no es del caso mencionar, el señor Zanella anduvo en desacuerdo con los propietarios, al siguiente año ha tenido que desocupar la estancia yendo a poblar en un terreno que había arrendado el señor José F. Roneo y allí pasó otro año para ir al siguiente en un campo del señor Pedro Echeverry para pasar al otro en campo del señor Lorenzo M. Caffarena.

La salud de la mujer de Zanella hacíase cada vez más delicada, había tenido dos hijos más, Silvestro y Ulderico, se hizo examinar con varios médicos de la localidad y también de Gualeguaychú y más tarde se fue a Buenos Aires pero sin conseguir la ansiada mejoría y en el mes de abril de mil novecientos veintiocho se murió de síncope cardíaco.

El señor Caffarena habíale pedido el terreno, el pobre Zanella hallábase en la miseria y cargado de deudas y así entre unos cuantos vecinos hemos pensado hacer una suscripción para proporcionarle los fondos necesarios para que pueda volver a Italia donde tenía los padres con cierto capitalito.

Realizada la suscripción se resolvió su partida de Buenos Aires para el diez de mayo de ese mismo año en el vapor "América", a ese objeto yo lo acompañé hasta Buenos Aires, hice visar los pasaportes y lo acompañé a bordo, entregándole la suma de liras italianas mil quinientas, saldo que había quedado de la colecta después de pagar los gastos de pasajes.

En mil novecientos veinticinco arrendé al señor Eduardo La Rosa ciento setenta y cinco hectáreas de campo cerca de mi propiedad al precio de dieciséis pesos la hectárea y por un plazo de cuatro años y al llegar la época de cosecha he comprado una máquina cosechadora "Massey Harris" con la cual y a pesar del tiempo bastante lluvioso he podido hacer relativamente bien mi cosecha.

Mis hermanos en Colonia Italiana habían hecho una buena siembra y se tenía en condominio, como todos los bienes, también la trilladora, ese año la recolección de la cosecha ha demandado mucho gasto, siendo por lo tanto exigua la utilidad.

Las operaciones hipotecarias a más de ser demorosas requieren bastante gastos de manera que conseguimos una suma de veinticuatro mil pesos para cada una de las propiedades de Serafín y Tranquilo, diecinueve mil para la de Luis y veinticuatro mil para la mía, pero esa suma era en cédulas hipotecarias y deduciendo los gastos de escrituración, comisiones, etc. no alcanzó a cubrir el importe que se debía y hubo necesidad de recurrir a los Bancos de la Nación y Banco de Italia y Río de la Plata.

Los años venían más o menos regular, pero el año veintisiete en Colonia Italiana que había una lindísima cosecha de lino ha caído una enorme pedrada y quedó casi destruida, esa pérdida fue el principio de nuestra caída, debido al fracaso de la cosecha no se ha podido dar cumplimiento a las obligaciones contraídas y los intereses se sumaban aumentando la deuda en forma alarmante. Ese año en Britos he tenido una buena cosecha que he levantado con pocos gastos y además he ganado buenas changa trillando a algunos vecinos con mi cosechadora.

Mi hijo Pedro que pertenecía a la clase de mil novecientos cinco le ha tocado el servicio militar, debió presentarse en Gualeguay como reemplazante y de allí lo enviaron a Diamante donde quedó incorporado en el Regimiento 3 de Artillería y quedó el año entero o sea desde enero de mil novecientos veintiséis hasta enero de mil novecientos veintisiete. Durante el año ha venido con licencia dos veces y yo también lo he visitado dos veces.

Al terminar el servicio militar Pedro, le tocó a Tulio presentarse como reemplazante a Gualeguay, pero a éste después de un mes y medio de espera lo licenciaron.

El año que Pedro estaba haciendo su servicio militar he arrendado un pedazo de campo de Bacigalupo, pagando por el dos mil pesos y no saqué del producido mío la mitad de esa suma.

En la primavera de ese año se ha enfermado mi sobrino Gustavo, hijo de Luis, de pulmonía y bastante grave, lo atendió el Dr. Julio Sanchez Ruiz, que será buen médico pero es mejor cobrador que médico. Por fin Gustavo se curó bastante pronto, pero al año siguiente ha tenido otra pulmonía.

En el mes de abril de mil novecientos veinticinco hallábase enfermo el vecino José Guimelli y en circunstancias que Pedro hallábase allí con otros, se fueron a ver un tractor "Case" que este señor había adquirido hacía poco y al querer ponerlo en movimiento se le escapó la manija y se fue a golpearle fuertemente en la boca rompiéndole tres dientes. Pedro ha sufrido bastante de ese golpe, al principio lo atendió el Dr. Roig y más tarde se hizo extraer las raíces de los dientes con un dentista de Gualeguaychú, de ese accidente ha recibido una indemnización de unos cincuenta pesos.

No se le hizo hacer enseguida la dentadura con la esperanza que ese defecto fuera suficiente para librarlo del servicio militar, pero ha tenido que pasar un año en Diamante manejando cañones con tres dientes menos.

El vecino José Guimelli era muy aficionado a la música, Pedro y Tulio también tocaban un poco el mandolín y la guitarra y solía venir también algún otro vecino y ya empezaban a tocar regularmente pero, como ya he dicho, Guimelli enfermó y el once de mayo de mil novecientos veinticinco falleció quedando por esa causa interrumpida para siempre esa esparción de música tan agradable.

La cosecha de mil novecientos veintiocho – veintinueve que fue malograda por causa del granizo en Colonia Italiana ha sido, como ya he dicho buena en Britos y el precio del lino oscilaba entre dieciocho y diecinueve pesos, teníamos bastantes elementos y como se terminaba el contrato que tenía

con Eduardo La Rosa, arrendamos en sociedad con Luis trescientas hectáreas de campo a Doña Juana B. de Reynoso a veinte pesos la hectárea y ese fue el segundo paso que hicimos hacia el precipicio.

Debido a la extensión de tierra que había que sembrar no pude vender buena parte de mi cosecha, ese año fue un desastre la siembra a causa de las frecuentes y torrenciales lluvias y la cosecha ha sido miserable con el agravante que su precio apenas si era la mitad del año anterior, de manera que en lugar de obtener beneficios de ese campo se ha recibido un enorme perjuicio.

Nos habíamos repartido mis hermanos y yo los animales e implementos quedaba en condominio la trilladora, que ya no se hacía trabajar, yo tenía unos cuarenta vacunos y otros tantos yeguarizos y tenía unas ovejas pero nuestra situación empeoraba cada vez más, las cosechas escasas y los precios bajísimos.

Sembramos otra vez los campos de Dona Juana y los nuestros, pero el resultado fue cada vez peor y ya no sólo no había más crédito sino que se nos exigió el pago de algunas deudas, amenazando con el protesto de los documentos.

Ese año he tenido que entregar parte de mi cosecha a varios acreedores, el precio era bajo y los cereales de inferior calidad de manera que no alcanzaba ni aproximadamente a solventar los compromisos.

De acuerdo con mis hermanos hemos resuelto ofrecer bajo prenda agraria nuestros implementos y animales a condición que se nos ofreciera ayuda en caso de vernos ejecutados por algún acreedor reacio. Al efecto la hemos visto a "Unión entre Agricultores", pero el gerente no se animó a hacerlo y entonces nos hemos entrevistado con la casa Goldaracena Hermanos, quienes aceptaron la propuesta.

La Sociedad "Cosmopolita" de Urdinarrain, a la que le debíamos cinco mil pesos nos amenazó con protestar el documento si no se le pagaba y en vista de eso nos presentamos al Tribunal de Gualeguaychú, pidiendo reunión de acreedores patrocinados por el Abogado Dr. Mario César Gras, pero una vez efectuada ésta, no aceptaron ningún arreglo y se nos declaró concursados.

La Casa Goldaracena que se había comprometido a ayudarnos teniendo como garantía de su crédito una prenda agraria por un valor mucho mayor de ésta nos ejecutó y todos nuestros efectos fueron vendidos en pública subasta, suspendiéndonos todo crédito.

Desde esa fecha empieza para mí una vida de miseria, fui con Tulio, mi hermano Luis, mis sobrinos Gustavo y Atilio a ver un campo en Maciá, que nos ha gustado bastante poco y por el que se nos pedía un precio elevado, así que no arreglamos y resolvimos sembrar en nuestras propiedades, corriendo el peligro que se remataran antes de la cosecha y que tuviéramos que entregarlo con todo.

El otoño y el invierno de ese año, han sido en extremo llovedores y por eso se han retardado las siembras pero en cambio se han adelantado las langostas que el veintiuno de julio ha llegado una enorme manga y se asentaron en nuestros campos devorando en pocos días todo el pasto tanto que hubo que demorar el trabajo. Por fin a fuerza de trabajo, se ha podido sembrar aunque a destiempo.

Temprano en la primavera ha empezado a nacer la mosquita y éstas empezaron enseguida su obra destructora, el caso es que sólo he cosechado cuatro bolsas de trigo y tres de lino.

Mi propiedad fue rematada el catorce de agosto de ese año y fueron compradores los hermanos Augusto, Emilio y Pablo Boari.

En ese invierno se enfermó mi cuñado Domingo Ronconi de' artritis infecciosa, que

anteriormente lo había sido de flebitis, primero fue Pedro a visitarlo a Gualeguay donde se había llevado para internarlo en ese hospital, cuando regresó Pedro fui yo y estuve unos días y regresé a casa volviendo dos días después y me quedé con el hasta que murió el día once de agosto y el entierro se efectuó al día siguiente y ese día volvimos hasta Cuchilla Redonda donde pasé la noche y regresé a casa al día siguiente con Erminia.

Como los caminos eran impracticables viajamos en tren y desde Parera hicimos el viaje en un sulky que nos prestó Minetto.

Por fin ha llegado el año fatal de mil novecientos treinta y tres y en enero de ese año y precisamente el día diez debía entregar mi propiedad, mi casa que con tanto empeño habíamos levantado tanto yo como todos mis familiares y salir rumbo a la calle, rumbo a la vida errante del miserable colono de la Argentina que siendo el legítimo productor de la verdadera riqueza del país es considerado mucho menos que una vaca o un caballo.

Como la propiedad de mi hermano Tranquilo la había comprado el señor Horacio C. Rébori y le manifestó que lo dejaría allí, opté por irme a vivir y trabajar en ese terreno y efectivamente allí fuimos y estuvimos un año.

El año que he pasado en este terreno, sito en Colonia Italiana ha sido el peor año de mi vida, tanto que preferiría morir antes de pasar otro año como ese en esa localidad.

Durante ese año habíase enfermado mi suegro y nos fuimos con Erminia, nos había llevado Antonio Fiorotto que también fue con Amábile, quedamos unos días y como parecía algo mejorado volvimos a casa, pero poco tiempo después fue Erminia y cuando tuve noticia que se había agravado fui yo también y me quedé hasta después de su muerte y del entierro y después que habían pasado unos días regresamos a casa.

Mi suegro murió el dos de diciembre y un mes antes, precisamente el cuatro de noviembre había muerto Andrés Marogna.

En la época que mi sobrino Gustavo ha tenido su segunda pulmonía encontrábase un poco indispuesta mi cuñada Carolina y habiéndola examinado el Dr. Sanchez opinó que debía tratarse de tuberculosis, pero que se debía hacer un análisis para asegurarse y así se hizo, pero el análisis dio resultado positivo, al principio no parecía grave, pero en mayo de mil novecientos veintiocho ha tenido una nena y ésta al llegar el mes de setiembre se enfermó de meningitis y mi cuñada se agravó rápidamente, se llevó a Buenos Aires, la nena murió en setiembre y mi cuñada el veinticuatro de octubre de ese mismo año.

La cosecha que logramos en el campo que fue de mi hermano Tranquilo la trillaron los hijos de Luis, fue escaso su resultado y el precio de cuatro pesos con cincuenta centavos los cien kilos, así que una vez pagada la semilla, el gasto de bolsas y de trilla y deducida la parte quedamos todavía en deuda, pero quedamos con un poco de cereal para la semilla.

Pasada la cosecha se me ha presentado el señor Rébori y me pidió el campo para entregar a Guido, a causa de eso mis hijos se dieron a buscar campo y después de mucho andar consiguieron una fracción de tierra en Costa Uruguay propiedad de la viuda de Asisclo T. Méndez y sus hijos, adonde nos mudamos ese mismo año o sea en abril de mil novecientos treinta y cuatro, mi hermano Tranquilo que se había quedado con nosotros siguió nuestra suerte y se vino con su familia a Costa Uruguay.

La situación de Tranquilo era aún más precaria, pues aparte de haber quedado sin nada, el es rengo y sus hijos eran chicos.

La propiedad que alquilamos en Costa Uruguay costaba nueve pesos la hectárea

pagaderos por trimestre adelantado, no teníamos con qué hacer frente a ese compromiso y mi hermana Palmina me prestó doscientos pesos y mi primo José cien, pero con esto no nos alcanzaba para el pago del primer trimestre y hacer la población y buscando la más estricta economía, optamos por hacer una casa de adobes, la que nos ha resultado bastante buena.

Enseguida de traer nuestros animalitos a esa localidad, pudimos vender la leche y eso representaba una gran ayuda, si bien lo que se obtenía era poco.

Mi cuñado Antonio Fiorotto, me dio unas cuantas bolsas de granos que sembramos. Sembramos también trigo y lino pero con un resultado desastroso y así pasamos, siempre luchando para poder conseguir mantener la familia, se ha probado comprar aves y huevos pero sin dinero todas son dificultades: mucho sacrificio y poco resultado.

En el mes de mayo de mil novecientos treinta se había casado mi hijo Tulio con Juanita A. Londra y en el mes de noviembre del mismo año se casaron mis hijas Rosa e Irene con los hermanos Gustavo y Roque M. Londra.

El treinta y uno de enero de mil novecientos treinta y tres nació el primer hijo de Tulio que se llama Nelson Oscar y la madre ha sufrido bastante del pecho tanto que ha debido soportar varias operaciones quirúrgicas pero logró componerse bien y después de restablecida se v¡no con nosotros a Colonia Italiana, pues ella se había quedado en Britos en casa de los padres en espera del advenimiento. Rosa e Irene tenían cada una una hija, la primera se llama Gladys y la otra Doris.

Domingo Marconi (único hijo varón), Amábile (casada con Antonio Fiorotto), Erminia Fraccaroli (esposa de Francisco Fraccaroli), Faustino Baldo, esposo de Rosa que está a su izquierda, Dominga, casada con Luis Fumaneri, primo del abuelo Antonio – de Hernán Fumaneri, quien tuvo la gentileza de enviarme esta foto), Mariana, abuela de Hernán Fumaneri, casada con Antonio Fumaneri. Abajo Catalina Borro, esposa de Domingo (Una curiosidad, la bebé que tiene en sus brazos es la abuela de Jorge Burruchaga, el que hizo el tercer gol a Alemania en México/86, su nombre Teresa Marconi), Don Pietro Marconi nacido en Sant'Anna d'Alfedo (Verona), María, la hija menor, casada con Severino Gervasoni, doña Irene Valichella y Santina, casada con Angel De Zan. Falta Antonina, la mayor, que también se casó con un hermano del abuelo de Hernán Fumaneri llamado Angel y un hijo varón que falleció en el viaje de venida y fue arrojado al mar, cuyo nombre era Juan Bautista. Vinieron en 1887 en el buque Nord América y en Argentina nacieron Mariana, Santina, Dominga y María. Volver a la foto

Volver al índice